

BOXILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

tatuaje para forajidos

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

PETER DEBRY

TATUAJE PARA FORAJIDOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 551
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 38.612 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1972

© PETER DEBRY, 1972
sobre la parte literaria

© RAFAEL CORTIELLA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.294. —Corral de endemoniados.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.156. —Experto en fantasmas.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
950. —Cazador de apaches.
- En Colección CALIFORNIA:
807. —La muerte a la grupa.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
805. —La ley de los pistoleros.
- En Colección COLORADO:
761. —El retorno del fusilado.
- En Colección PUNTO ROJO:
548. —Energúmeno acosado.
- En Colección ASES DEL OESTE:
663. —La marca del desesperado.
- En Colección KANSAS:
720. —Banda de embrujados.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
977. —La maldición de Laffit.
- En Colección BRAVO OESTE:
550. —Dos para un patíbulo.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
10. —Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

Max Harlan pensó de nuevo que Cora Melton era una delicia de mujer. Labios como la llama, cabello de azabache y una figura que suscitaba el silbido de muy honda admiración.

Pero al entrar en el despacho de la doctora Melton, y verla con su blanco uniforme, Harlan no pudo reprimir el leve escalofrío morboso.

Sonriente, reiteró ella su clásico saludo:

—Max Harlan, detective privado, peligro público.

—¿Cómo anda el negocio? —bromeó Harlan.

Un chiste tan macabro como su respuesta:

—El negocio está muy muerto, Max.

A la vez adelantó ella la diestra, acariciando la mejilla del detective. Y Harlan retiró el rostro, sintiendo un soplo helado recorrerle toda la anatomía. No lo podía reprimir.

Cora Melton, frunciendo las bien dibujadas cejas, murmuró:

—Parece mentira que todo un hombre como tú sea tan hipersensible, Max.

—Lo siento, chica.

Pese a todo su aplomo, Harlan se sentía enojado contra sí mismo. Los labios de la doctora Melton eran tibios, suaves y muy femeninos. También eran bonitas sus manos.

Pero Harlan no podía soportar el contacto de aquellas manos. Había sido así desde el primer día que se conocieron. Se enamoró del semblante risueño, de la voz acariciante, de la lozana vitalidad de Cora Melton.

Pero sus manos le repelían. No podía evitarlo, pensando que la doctora Melton había ganado en reñida oposición su cargo de forense del depósito de cadáveres.

—Deberías escoger otro negocio, Cora, otro trabajo, ¿comprendes?

—¿Por ejemplo? —inquirió ella burlona.

—Puericultura.

—No seas tonto. Te acostumbrarás a la idea. Mi trabajo es necesario.

—No lo dudo, querida. ¿Cuántos cadáveres has manipulado hoy?

—Ninguno. Por lo tanto, no tienes por qué temblar. Todo un hombrón como tú... Es una vergüenza, Max.

Para rehuir el desagradable tema, preguntó Harlan:

—¿Dónde está el teniente?

—Lleva rato esperándote. Ya puedes apresurarte, porque has venido con retraso. Te aguarda en la nevera.

Un nuevo escalofrío tocó el xilofón de la espina dorsal del detective.

La «nevera» era una estancia bien refrigerada, limpia, pero lo que la hacía uncomfortable era la doble hilera de puertecillas empotradas en tres de los cuatro tabiques.

Por añadidura estaba la incongruencia de que el teniente Barry Givern le hubiera citado en la nevera. Era un policía extraño.

Hacía ya tiempo que Harlan había clasificado a los policías en tres categorías: aparentemente duros, aparentemente amables y los que eran ambas cosas a la vez. Pero Barry Givern era una paradoja.

Parecía un alegre payaso. Le gustaba mucho reír a carcajadas. Todo se le antojaba muy gracioso. Tenía un ancho rostro sonrosado, grandes ojos azules y una risa contagiosa.

—¿Para qué me necesita Givern? Porque por teléfono sólo me ha dicho que me esperaba aquí.

Cora Melton sonrió.

—Desea que te hagan un tatuaje.

—¿Eh?

—Así es. Vamos. Te acompañaré.

En la cámara frigorífica, el teniente Givern estaba sumido en hondas reflexiones, sin que por ello, la flotante sonrisa abandonase sus labios.

Y rió al ver entrar a Harlan.

—Muchacho, me alegra mucho verle. De veras, me alegro mucho.

Luchó Harlan para liberar su diestra del apretón entusiasta, y

dijo:

—Ayer mismo nos vimos, y me mandó al infierno.

—Hoy es hoy, muchacho. Por cierto que anoche me dio el gran susto.

—¿Anoche? Anoche estaba yo durmiendo con mucho sueño atrasado.

—Seguro, muchacho, seguro. Y no sabe cuánto me alegra que estuviera durmiendo... precisamente anoche.

Pensó Harlan que también los policías tenían derecho a volverse locos. Tal vez con más fundamento que el resto de los demás mortales.

Y en aquella estancia nada sonaba normalmente. Era gris, lúgubre, y las voces resonaban como tambores redoblando. El aire frío, pero estancado, añadía mayor zozobra al ambiente.

Allí dentro, cualquier comentario razonable sonaba a macabro. Pero el teniente Givern contemplaba al detective Harlan como un jubiloso padre viendo de nuevo a su hijo pródigo tras larga ausencia.

Max Harlan comenzó a sentirse receloso.

—¿Para qué me necesita, Givern?

Una pregunta trivial y plena de sentido común. Sin embargo, provocó en Givern un acceso de hilaridad.

—Pues sí, muchacho. Le necesito para un trabajito muy bien pagado.

—¿Cuánto?

—Treinta mil.

Max Harlan deglutió ruidosamente, porque se le había secado repentinamente el paladar.

—¿Cuánto dijo...?

—Treinta mil —rió plácidamente el teniente, brillantes los azules ojos.

—Oiga, Givern, si es una broma la encuentro de muy mal gusto. Y más... aquí dentro.

—No bromeo, palabra. Puede ganarse treinta mil. ¿O no los necesita?

—¿Qué si los necesito? Ahora mismo treinta dólares me harían feliz. Tiene que haber una trampa de las de órdago en esa oferta, teniente. Ningún privado recibe una oferta así, sin que haya algo

gordo. Lo raro es que por ahora, y mientras no me demuestre lo contrario, usted es un policía honorable.

—Y seguiré siéndolo.

—Entonces, ¡al grano, cangrejos! ¿De qué se trata?

La pregunta rebosaba escepticismo. No contestó Givern, sino que, volviéndose contempló a Cora Melton, que estaba manipulando un archivador.

Registro de «Llegadas» y «Salidas». Sacó ella una ficha y expuso:

—Éste es el número Diez. ¿Quiere verlo ahora, teniente?

—Sí. Y avise al tatuador para que esté preparado.

Harlan pensó que aquel diálogo le sonaba como perfecto si hubiera lugar en un manicomio. Protestó:

—Oigan, ¿es que tengo que echarle un vistazo a un... muerto?

—Vaya detective más delicado que me resulta usted, Max — ironizó Givern.

—No es cuestión de delicadeza. Es que lo iónico que respeto en esta vida son los muertos. No me gusta ningún muerto.

—Verás como sí, Max. Apenas veas a éste te sentirás fascinado.

Ella, hablando, se aproximó a la puertecilla que ostentaba el número 10, cogió el asa cromada, y la atrajo. Un acto que efectuaba rutinariamente.

El largo cajón contenía un muerto, no cabía duda, pero Harlan no miró. Contempló a Givern.

—¿Es una identificación?

—Vamos, muchacho. Examínelo bien sin perderse detalle.

—¿Es un fenómeno?

Lo decía para animarse, porque estaba vislumbrando algo raro en la actitud de la doctora y del teniente. Ambos ya no bromeaban. Estaban tensos, alertas.

Max Harlan echó un vistazo. Apartó los ojos. Volvió a mirar, y sintió algo muy semejante a un mareo.

Givern y Cora Melton estudiaban la reacción del detective.

—¿Encajó el golpe, Harlan? —preguntó Givern.

Harlan expulsó el aire contenido en sus pulmones, sintiéndose totalmente vacío. Volvió a aspirar y exclamó exasperado:

—¡Cangrejos! Hubiese podido prevenirme, ¿no?

Givern no contestó. Permanecía impasible, serio.

—Bien, y ahora, ¿qué? —masculló Harlan—. Pudo advertirme

antes, ¿no?

—Quise que le impresionara.

—¡Pues ha sido un éxito completo! —Y entre dientes añadió Harlan algunos calificativos poco amistosos.

Volvió a mirar el cuerpo número 10.

En vida había sido un hombre joven, de unos treinta años, bien parecido, ojos azul claro, nariz recta, labios delgados, que estaban ahora prietos, mueca angustiada. De rubios cabellos y espesas cejas. Largos músculos, sin grasa. Debía medir aproximadamente el metro ochenta y pesar cerca de ochenta kilos.

Max Harlan no le conocía de nada. Nunca lo había visto hasta aquel momento.

Lo cual no impedía que ver aquel cadáver resultase brutalmente impresionante para Harlan.

Oyó cómo Givern preguntaba si había llegado el tatuador, y la doctora Melton contestaba que sí.

Max Harlan seguía alelado. Porque si no hubiese oído su propia respiración, si no estuviera pellizcándose y no percibiera los latidos de sus sienes... hubiese jurado que el muerto número Diez era él mismo, Max Harlan.

CAPÍTULO II

Cora Melton empujó el cajón y abandonó la estancia. Harlan siguió a Givern hasta el despacho, en cuya mesa eligió el teniente una esquina para sentarse.

Harlan ocupó una silla. Sentíase nervioso, exhausto, como si acabara de recorrer varios kilómetros perseguido por una jauría de fantasmas.

El alegre Givern se callaba, dando tiempo a que el detective recobrara la coherencia de sus pensamientos, después del choque.

Harlan fue diciéndose en voz alta:

—Me apresuré en desayunar, para acudir a la cita del teniente reidor. Y vaya bromita que me tenía preparada... Naturalmente, no soy yo el que lleva la etiqueta número diez. Hay algunas diferencias entre nosotros dos. Él tiene el cabello rubio claro y el mío tira a cobrizo. Él tiene las orejas algo separadas del cráneo, y grandes... En cambio, yo las tengo pequeñas y monísimas, dicen ellas. Él no lleva bigote y yo luzco uno. Claro que cuando uno echa el primer vistazo no aprecia los pequeños detalles, sino que lo ve todo en conjunto. Hizo una pausa para respirar a fondo, y prosiguió:

—Ahora comprendo por qué ella estaba tan cariñosa, casi maternal, y por qué Givern demostraba un afecto tan pegajoso. De todos modos, no estoy muerto. Es el «otro» el que ha muerto.

Y mirando al silencioso teniente, gruñó Harlan entre dientes:

—¿Conque soy un tipo delicado, hipersensible, eh? No sé lo que soy, pero me consta que usted es un bestia, con todas sus risitas.

Givern rió. Una risa espumosa, cantarina, que le ensanchaba el sonrosado rostro.

—No comprendo por qué se enoja, Harlan. Está aquí, vivito y coleando.

—Sí, ¡estoy aquí!

Cogió Harlan el cigarrillo que le tendía el teniente, y ambos

miraron el cartel prohibiendo fumar, mientras echaban humo.

—¿Está ya en forma normal, muchacho?

—Magníficamente, estupendamente... Me encuentro en la misma gloria.

—Un chiste fantástico —aprobó Givern, sin reír.

—¿Quién es el número Diez? ¿Un hermanito mío gemelo, ignorado?

—Creo que no.

—Pero ¿sabe quién es?

—Sí. Y lo que sé no es nada bueno.

—¿Por ejemplo?

—Sé que se llama Luke *Dandy*. Bien, su apellido es Farrow, pero era conocido siempre por Luke *Dandy*. Tiene treinta y un años. A los dieciséis atracó una tienda, y estuvo en un correccional hasta su mayoría. Después, por dos veces fue procesado por atracos a Bancos, y fue absuelto.

—Pues... parecía un buen chico.

—Las apariencias casi siempre fallan. Antes que Luke *Dandy* abandonara este valle de aflicción...

—Oiga, suprima el melodrama. Me bastó con el que acabo de encajar.

—... este valle de aflicción y lágrimas, andaba metido en el sindicato del juego en California. Le acusaron una vez de haber participado en una matanza, pero tenía una coartada perfecta.

—Pues sí que andaba metido en jaleos. ¿Y qué más sabe de Luke *Dandy*?

—Era propietario de una casa en Los Ángeles. Estaba convaleciendo de una pulmonía. Ayer noche, corrió para alcanzar un tren, y se desplomó sin alcanzarlo. El corazón. No tenía que haber corrido, dijo el primer médico que le asistió. Tampoco tenía que haber bebido, sino que debía haberse quedado en la cama.

Levantándose, pisoteó Harlan la colilla, y dijo:

—Bien, por mi háganle un buen funeral.

Givern colocó su mano en el pecho del detective empujándole sonriente, obligándole a sentarse.

—No tenga tanta prisa, muchacho. ¿Es que no recuerda ya los treinta mil?

—Cangrejos... Me había olvidado de esa succulenta cifra. Por esa

cantidad soy capaz de luchar con un tigre a zarpazo limpio.

Entró Cora Melton anunciando:

—El tatuador está preparado, teniente. ¿Lo envío aquí?

—Todavía no, porque aún no se lo he explicado.

—¿Explicarme, qué? —quiso saber Harlan.

El teniente no contestó, y Cora Melton dijo invitante:

—Sería mejor que empezases a desnudarte, Max.

—¿Eh, cómo, qué...? ¿Qué me desnude?

—Sí, muchacho —afirmó Givern—. Para ganar tiempo.

—Respetemos el varonil pudor —rió Cora, cerrando por fuera.

—Oiga, teniente, he estado aguantando la primera broma pesada, pero creo que empieza usted a pasarse de la raya.

—Volvamos a la nevera, Harlan. Por favor.

Cuando rogaba, Givern era un portento de persuasión. Le siguió Harlan y en la fría estancia Givern acarició el asa cromada del cajón número 10. Preguntó:

—¿Ha oído hablar de un tal Chester Curtis?

—No.

—Excelente. Hay así un gran porcentaje de probabilidades de que él tampoco haya oído hablar de Max Harlan.

—Abrevie, Givern.

Givern se reclinó contra el asa, relucientes sus infantiles ojos azules.

—Chester Curtis es una especie de agente intermediario local para el hampa. Conoce a todos los forajidos y establece los contactos entre ellos. Equivale como si dijéramos a un embajador, ¿comprende?

—Comprendo.

—Anoche, cuando trajeron al depósito a Luke *Dandy*, la doctora se creyó que era usted, naturalmente.

—Naturalmente —repitió Harlan con una mueca.

—Y sólo cuando examinó sus objetos personales, respiró muy aliviada. No puede figurarse cómo lloraba el bebé.

—¿Qué bebé?

—Cora, naturalmente. Estaba sollozando cuando yo llegué, diciendo no sé qué acerca de que estaba invitada por usted a cenar, y si estaba usted muerto, ¿quién la llevaba a cenar?

—Muy gracioso... —rezongó Harlan.

—Bien, ella reaccionó cuando comprobamos que el difunto era Luke Farrow, más conocido por Luke *Dandy*. Y usted volvió a ser la gran pasión, el gran hombre de sus sueños, el que algún día puede conseguir de Cora Melton todo lo que quiera.

—¿Sí? ¿Todo, hasta cuánto?

—Todo lo que quiera, siempre que sea en una casa legalizada por la licencia judicial de matrimonio.

—No tengo dinero para casarme.

—Pero ahora tiene la gran ocasión. Se forjó anoche. Llamé en convocatoria al fiscal del distrito.

—¿Para qué?

Barry Givern sacó del bolsillo varios papeles. Los desdobló. Oficios, por triplicado, con sellos y firmas oficiales. Dando el cargo de agente especial de la policía al detective Max Harlan, con todos los derechos y la protección que la ley concedía.

—O sea que si disparo contra alguien lo haré ahora «en cumplimiento de mi deber». ¿Y para qué me asimilan a un polizonte oficial?

—Ya vio a Luke *Dandy*, ¿no? Los dos son como gemelos... Lo único que queremos es que usted sustituya a Luke *Dandy*. Nos interesa que Luke *Dandy* siga viviendo. Y usted será Luke *Dandy*.

—Suponiendo que aceptase ese extraño juego, ¿qué tendría que hacer?

Barry Givern pronunció lentamente:

—Tendrá que entrar en relación con Judson Morgan.

Harlan emitió dos sílabas:

—Je, je...

Y exasperado añadió:

—Suenan igual como si me propusiera una zambullida en el mar de China y regresar habiendo capturado un submarino pirata... Escuche, Givern, Judson Morgan no es un hampón corriente. Es una especie de Al Capone actual. Ha estado tantas veces en la cárcel, que ya le guardan permanentemente una celda. Ahora está libre... Pero todos han oído hablar del Golpe Bazooka.

—En efecto, fue un gran golpe. Morgan y sus dos fieles ayudantes, los hermanos Reisman, atacaron una blindada del Banco Agrícola con un bazooka. Al primer pepinazo estalló el motor. El segundo abrió el acceso al dinero. El chófer y dos guardas quedaron

muertos, y un total de medio millón se largó con los hermanos Reisman y Morgan. Pero hubo dos grandes fallos. Un jurado, seguramente aterrorizado, permitió que Morgan y los Reisman salieran sobreseídos, por falta de pruebas. Y el segundo fallo, fue que el dinero estaba relacionado por series y numeración. Por lo que Judson Morgan no puede disponer del medio millón.

—Conozco toda la historia, pero pregunto: ¿Luke *Dandy* no trabajaba en California?

—Sí.

—Entonces, ¿qué venía a hacer aquí? ¿Y por qué tenía que entrar en contacto personal con Judson Morgan?

—Todo lo que sabemos es que Luke tenía que verse con Morgan. Sabemos también que estuvo en contacto con Chester Curtis, el intermediario. Para que éste le arreglase una cita con Judson Morgan.

—¿Y Curtis lo arregló?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Por una carta que encontramos encima de Luke. Escrita por Judson Morgan. Hay que leerla entre líneas. Nuestra deducción es que Morgan planea un asalto a un Banco. Con la ayuda de Luke.

—¿Y... usted me propone... que yo sustituya a Luke?

—Ajá.

—¿Y que atraque un Banco con Morgan y los hermanos Reisman?

—Algo parecido.

Harlan rió. Un rumor parecido al quejido de un enfermo de úlcera.

Givern rió también.

—Alegría en la Morgue —refunfuñó Max Harlan—. Adiós, teniente.

Y el detective se apresuró en abrir la puerta, abandonando con largas zancadas la fría estancia.

CAPÍTULO III

Le atraparon cuando bajaba la escalera hacia la calle. Como águilas voraces. Cora Melton cogiéndole por el faldón de la chaqueta. Givern cerrándole el paso con su corpulencia.

Y dos uniformados «asistentes», recios y decididos, cogiéndole por un brazo, uno a cada costado.

Furioso razonó Harlan:

—Van a creerse que soy un cadáver que trata de escapar.

—Vamos, vamos, muchacho —conminó Givern, riente—, que todavía no hemos terminado de hablar.

El cuarteto le escoltó llevándolo de nuevo hasta la fría estancia.

—Si esto son modales persuasivos, teniente, yo los llamo abusivos. Oiga, soy un hombre de negocios. Trabajo para ganar dinero, pero...

Los dos asistentes se habían ido a una señal de Givern. Prosiguió Harlan, exasperado:

—... pero, sin ser ningún cobarde, no me atrae la idea de jugar con Judson Morgan. Ni un forajido inveterado y veterano, aceptaría tal clase de juego. Morgan es un pistolero que se deleita matando. Además, no pueden obligarme, y, para terminar tengo que decirle, teniente, que usted es un condenado marra...

—¡Ssst, ssst! Hay una dama delante.

—¿Una dama? Bah, es una doctora que hace malabarismos con fiambres y no se...

Un teléfono llamaba y sonriente salió Cora Melton.

Givern dijo casi lastimosamente:

—Usted sabe perfectamente lo que significa para toda la policía poder atrapar a Judson Morgan.

—Pero yo no quiero ser el ratón que le ponga el cascabel. Morgan es un gatazo con el cual no valen trucos ni trampas. Es un tipo que a la menor sospecha, coge un cañón y le estampa a uno un

obús entre los ojos.

—Estoy tratando de convencerle de que puede usted ganarse treinta mil. Es un trabajo como otro cualquiera. No discuto que con un poco más de riesgo, claro... Pero la ocasión es fantástica.

Y el teniente señaló hacia el cajón número 10.

—Esta coincidencia, ¿cuántas veces puede darse en la vida?

—Por mí, ninguna. Escuche, Givern, hasta ahora casi le tenía aprecio, pero le estoy empezando a coger hincha.

—Estamos perdiendo el tiempo, y el tiempo es precioso. Hay mucho que hacer. Usted tiene una cita esta noche, en una granja propiedad de un tipo llamado Oscar. Allí es donde Morgan y los suyos se alojan.

—Pues que sigan bien alojados. Yo me largo. Váyase al diablo...

Silbó Givern y entraron los dos hercúleos asistentes. Con experiencia y rapidez. Max Harlan volvió a verse sujeto por los brazos. Y Givern dijo, apenado:

—Me obliga a emplear el método abusivo, muchacho.

El teniente actuó con tanta rapidez como los asistentes. Desabrochó el cinto del detective y atrajo hacia abajo los pantalones.

—¡Mis pantalones! —protestó furioso Harlan—. ¡Iré al fiscal del distrito!

—Hombre, el fiscal no recibe a ningún visitante en calzoncillos —rió Givern.

Con un violento esfuerzo duplicado, consiguió liberarse Harlan y avanzó hacia Givern con los puños crispados.

—Cuidado, muchacho —rió el teniente—. Puede entrar Cora, caramba.

Y la doctora Melton entró.

Harlan se protegió tras el teniente Givern. Cora, sin pestañear, dijo:

—Telefoneaban desde su despacho, teniente. Han detenido a Chester Curtis, encarcelándolo.

—¿Bajo qué acusación?

—Dicen que lo retendrán todo el día, con cualquier pretexto.

—Magnífico, magnífico.

Y continuando de parapeto, sin volverse, añadió Givern:

—¿Se da cuenta, muchacho? Esta tarde irá usted a la cárcel, a

visitar a Curtis. El conocía personalmente a Luke. Si usted puede pasar por Luke *Dandy* ante Curtis, será para todos Luke *Dandy*.

—Devuélvanme los pantalones —pidió Harlan, tratando de decirlo con dignidad—. Entonces, y sólo entonces, consentiré en discutir...

Cora, avanzando, dijo:

—No seas ridículo, Max. Te he visto en la playa, con «Meyba», ¿no?

—¿Se da cuenta, Max? —intervino Givern—. La doctora está ansioso que usted le dé el sí, y le compre la alianza. Vamos, doctora, lárguese, por favor. Y dígame al tatuador que le estamos esperando.

Cora salió y Givern añadió, suplicante:

—Trate de comprenderme, muchacho. La idea es excelente. Comprendo que le repugne meterse en el avispero. No se lo reprocho, pero hemos de impedir que Judson siga siendo una amenaza para la sociedad.

—Por ahora la única amenaza que vislumbro es usted, teniente. ¿Qué demonios quiere hacer conmigo? ¿Meterme en la banda de Morgan para que les ayude a atracar un Banco?

—Olvídese de eso. Lo que queremos es el medio millón del Golpe Bazooka. Lo tiene Morgan y no puede darle salida. Y usted puede coger esta prueba infalible. Si esta tarde puede pasar por Luke ante Chester Curtis, será Luke para Morgan que personalmente no le vio antes, así como tampoco los hermanos Reisman. ¿Va viendo?

—Ver es fácil. Lo difícil es seguir conservando la vista... Siga, siga.

—Usted llega a la granja de Oscar. Usted, Luke *Dandy*, el técnico de California. Usted ofrece cincuenta centavos por cada dólar Bazooka. Regatea hasta sesenta centavos. Usted, Luke *Dandy*, puede hacer esta oferta, porque tiene dónde pasar la moneda. Morgan, desesperado con su medio millón que no puede circular, salta alegremente sobre la ganga que usted le ofrece. Usted asegura que arreglará una cita entre Morgan y el sindicato del juego que comprará el medio millón. Nosotros seremos el sindicato y atraparemos a Morgan con la prueba indiscutible.

—Teóricamente es infalible. ¿Y de dónde caen mis treinta mil?

—Es la prima ofrecida por la compañía de seguros.

Mordiéndose el labio inferior, meditó el detective. Por fin dijo:

—Un juego de niños. Visito a Curtis, el intermediario, después voy a la granja de Oscar, saludo a Morgan, me gano su confianza, arreglo una entrevista con un supuesto sindicato hampón comprador de los billetes en lista, y cuando Morgan se da cuenta que el sindicato es pura policía, yo pego brincos como un saltamontes, procurando que no me queme las alas Morgan con su artillería. ¿Es así?

—Ajá.

—Lo ve usted muy sencillo.

—Porque lo es. Nadie sabe que Luke ha muerto.

—Excepto el cariñoso cuarteto que me ha atrapado cuando pretendía huir de la Morgue.

—Es un cuarteto en el que puede confiar plenamente.

—En usted y en Cora, bueno. Pero ¿y en los dos gorilas vestidos de blanco?

—No son gorilas, ni asistentes. Son dos de mis mejores agentes.

—Por lo tanto, salvo Cora, no está enterado nadie que no sea de la policía y de su entera confianza.

—Ajá.

—Bien. Mi trabajo consistirá básicamente en conseguir el medio millón Bazooka. Pero ¿qué pasará acerca del plan que tiene Morgan para atracar un Banco?

—No llegarán a realizarlo, y en caso de que lo pretendieran, les estaremos esperando.

—Lo cual significa que debo hacerle conocer la fecha y hora del asalto.

—Eso es. Usted es el experto, que acude desde California porque es un talento en asaltos de Banco. Tiene usted una reputación formidable. No va usted a recibir órdenes de Morgan, sino a decirle cómo ha de funcionar. Usted es el que va a decirle en qué fecha y hora.

—Va sonándome mejor la cosa. Soy el doble de Luke *Dandy*, tan pronto me arreglen un poco la fachada. Pero ¿qué prueba tiene de que Morgan nunca trató personalmente con Luke?

—La carta que le encontramos a Luke. Demuestra que no se conocen personalmente.

—Bien... Si consigo engañar a Chester Curtis, entonces... intentaré el resto.

—Ajá, así se habla, muchacho. ¡Adelante, Gus! —vociferó.

Entró un hombrecillo, de rostro sin afeitar, y expresión atemorizada.

—Éste es Gus, el tatuador —presentó Givern—. Un artista. Le pago cien dólares de la caja policial, cosa para él idéntica a un fenómeno, porque siempre cobra solamente de los maleantes. Está cumpliendo condena. Y así estamos seguros de su discreción.

La doctora Melton volvió a entrar y atrajo el cajón número 10. De nuevo quedó expuesto el difunto Luke *Dandy*.

—Fíjese en esta marca, Max.

Harlan se acercó, fijándose en lo que le señalaba Givern.

En el omoplato de Luke *Dandy* había un dibujo tatuado: un sombrero de copa, unos guantes, un bastón, y en aureola, los ases de la baraja, corazón, trébol, diamante y lanza.

—De ahí le viene el seudónimo —aclaró Givern.

—¿Es que... pretenden tatuarme? ¡Ni hablar!

—Vamos, vamos... Oye, Gus, explícale a mí amigo que el tatuaje luego puede borrarse.

—Así es, señor teniente, así es.

—Pero ¡esto duele un rato, me han dicho...!

—Al tercer o cuarto pinchazo la carne está ya anestesiada, dormida —aseguró Gus.

Al primer pinchazo en su omoplato izquierdo, Max Harlan pegó un chillido. Al segundo, se mordió el puño. Al tercero, sacudió la cabeza. Pero las agujas bañándose en tinta china, roja y negra, iban anestesiando...

CAPÍTULO IV

A las diez y media de la mañana, Max Harlan en la comisaría de la que era teniente Barry Givern, se convirtió en aplicado estudiante.

Tenía que leer y repetir el historial de Luke *Dandy* Farrow, obtenido con todo detalle del archivo policial de Los Ángeles.

Después vino la clase de fonética. Un tal Clive Hart, confidente al servicio de la policía, era el instructor, porque conocía personalmente a Luke *Dandy* Farrow.

—Más alto, Harlan, más alto. Luke tenía una voz de tono grave como la suya, pero algo menos pausada.

Efectuó Harlan las modificaciones. Después vino el «léxico».

—Luke era rudo y altivo. No olvide, jamás, que era californiano.

Pensaba Harlan, mientras repetía dócilmente, que si su maestro creía que al término de sus lecciones volvería a su casa, estaba muy equivocado.

El teniente Givern había dispuesto otra cosa: una celda. La ocuparía Hart mientras no estuviera terminado el asunto. Un sistema poco legal, pero toda discreción era poca.

Mientras Clive Hart daba sus lecciones, dos funcionarios se atareaban en el rostro del detective-colega Harlan, Quitaron el bigote, convirtieron en rabio claro el cobrizo cabello, cortando y peinándolo distintamente a navaja, y por último practicaron y verificaron la operación final.

Plástico color carne se adhirió a las orejas. Blando al tacto como la misma carne.

A media tarde, un coche patrulla condujo a Harlan a la cárcel, para la prueba decisiva ante Chester Curtis, el intermediario.

Todo sonaba metálicamente. Rastrillos, pasos, voces... En las celdas, unos esperaban el viaje ante el tribunal; otros el viaje a la penitenciaría.

Unos cuantos aguardaban la notificación del motivo por el que estaban detenidos. A este grupo pertenecía Chester Curtis, al que se le había manifestado que le retenían hasta aclarar si había atropellado a un peatón la noche anterior.

Así podían retenerlo el tiempo suficiente para «identificar» al doble de Luke *Dandy*.

Por una galería, siguiendo los pasos del celador, oyó Harlan una repentina exclamación:

—¡Luke! ¡Ey, *Dandy*!

Un enorme sujeto agarrado a los barrotes sonreía divertido.

—¿Qué haces por aquí, Luke?

—De visita. ¿Qué tal, compadre? —habló Harlan altivamente, con dureza.

—Agarrado de las rejas. ¿Cómo van los pulmones, *Dandy*?

—Respiran. Ya nos veremos, compadre.

—Eso espero, y pronto, Luke, allá en la soleada California.

Harlan continuó andando tras el guardián, consciente de que sentía algo parecido a cosquillas en el estómago. Aproximándose al que le precedía, indagó:

—¿Quién era el orangután ese?

—Dorset, un apostador profesional. Venía de Los Ángeles, y apenas llegado, se dejó pescar en Brooklyn recogiendo apuestas. Saldrá pronto.

Mejor, pensó Harlan. Si salía pronto Dorset, confirmaría que Luke *Dandy* había visitado a Chester Curtis.

El guardián hizo una señal, y Harlan aminoró la zancada, mientras el funcionario introducía la llave en una cancela de gruesos barrotes, anunciando:

—Visita, Curtis.

Chester Curtis era delgado y pequeño, con la cabeza algo semejante a un coco, y cara vulgar, inexpresiva, que se animó al ver a Harlan.

—¡Luke! ¡Maldita sea mi estampa! ¿Cómo mil diablos llegaste hasta aquí?

Tenía una voz aguda y rondaba los cincuenta. Hacía muecas nerviosas, y se le veía muy contento.

—Fue sencillo —aseguró Harlan—. Les pedí permiso y me dejaron entrar. Son gente amable.

Había dos literas empotradas, y Harlan fue a sentarse en una, mientras volvía Curtis a ocupar la otra.

El celador, cerrando la cancela por fuera, desempeñó su papel anunciando, antes de alejarse:

—Cinco minutos, *Dandy*, y nada de triquiñuelas.

—Vaya, vaya —rió Curtis ampliamente, haciendo muecas—. ¿Cómo te enteraste que estaba aquí?

—Anoche en el Bronx, o mejor dicho esta tarde, oí algo de ti en un bar de confianza.

—Uno tiene personalidad —se ufanó Curtis—. Eres un compinche de los verdaderos y lo demuestras viniendo a verme.

—Yo sé cuáles son mis compinches de verdad, ¿te enteras?

Harlan se mantenía erecto, distante, pero condescendiente. Tal como le había enseñado el profesor Clive Hart.

—Fíjate qué pocilga —rezongó Curtis, señalando los tabiques de la limpia celda—. Dicen que anoche le pasé por encima a un peatón. Y lo que son las cosas... Anoche no tenía siquiera mi coche. Anoche estaba yo bailoteando con Mimí.

—¿De veras no atropellaste al incauto?

—¡Muy de veras, es la cochina verdad, Luke! Ella se lo diría así a la bofia, puesto que ella me debe muchos favores. Y todo el mundo sabe que Mimí y yo estamos de lo mejor...

Y tras una breve pausa reflexiva, añadió Curtis:

—Y como ella no se lo diga así a la bofia, le daré una buena felpa.

Harlan aconsejó:

—Contacta lo antes posible con tu leguleyo, hombre.

—Ya... Pero mientras me tienen aquí en la cámara. No hay derecho. ¿Qué pasa con la Constitución, los sagrados derechos del ciudadano, y tal?

Levantándose, Curtis se aproximó a las rejas, inspeccionando el corredor. Bajando la voz, preguntó:

—¿Vas a ir?

—Esta noche.

Cruzando los brazos sobre el flaco pecho, dijo Curtis:

—Bueno, pues te deseo mucha suerte, *Dandy*. Mucha. La vas a necesitar.

—¿Tan espinoso es trabajar con «Jota» «Eme»?

—Él y tú os llevaréis bien. Tú tienes sesos y él los músculos. Y los hermanos Reisman valen a la hora de trabajar.

Curtis se golpeó el oblongo cráneo con el índice.

—Lo que pasa es que son lentos de mollera, pero tienen sangre fría. Mucha sangre fría.

—Bien, entonces, ¿por qué he de preocuparme?

—Ya te lo dije, *Dandy*.

—Pero lo olvidé —manifestó seca y rudamente el doble de *Dandy*.

—¿Cómo puedes olvidar tan fácilmente? —inquirió Curtis, en tono de cortés reprimenda.

—Me dijiste tantas cosas... ¿De qué hablas ahora?

—De la novia de «Jota» «Eme». De Telma.

—Ah, ya...

Procuró Harlan que en las dos sílabas se condensase mucho significado. Por suerte, aclaró Curtis:

—Está en la edad peligrosa, ya sabes... Muy apetitosa, demasiado, y le gusta encandilar para demostrarle a Judson que sigue siendo muy guapa.

Asintió Harlan sin contestar y Curtis añadió:

—Sobre todo no se te ocurra hacerle la rosca a Karen.

—Claro que no.

Karen era la hija que Judson Morgan había tenido de su primer matrimonio. Otro capítulo que Harlan se había tenido que estudiar.

Karen Morgan, veintidós años, bonita, tres años de colegio caro, perjudicada porque el Golpe Bazooka había pregonado demasiado la identidad de la hija del famoso Judson Morgan.

—La granja de Oscar en Weehave, ¿qué tal?

El rostro de Curtis manifestó pesadumbre.

—¿Qué te pasa, *Dandy*? ¿Estás enfermo o qué?

—He estado enfermo. Pulmonía —especificó secamente Harlan.

—Debió atacarte la memoria. Ya te expliqué hace unas semanas...

—Hoy para curarte de una pulmonía, te largan una serie de drogas que limpiarán el fuelle, pero atontan.

—Mejor será que te vayas despejando, Luke, porque Judson no tienen nada de paciencia. Todavía no acabo de comprender por qué quisiste entrar en contacto con él. Tenías un buen vivir allá en la

otra costa.

Harlan elevó un índice imperioso.

—Escucha, Chester, no hagas demasiadas preguntas y tu salud nunca saldrá perjudicada.

—Seguro, *Dandy*, hombre, ya me conoces, recontra.

El celador regresó, y abriendo anunció:

—Se acabó lo que se daba. Fuera, caballero, galopando.

Max Harlan presentó la diestra y Chester Curtis la estrechó respetuosamente, susurrando:

—Recuerdos a «Jota» «Eme».

—Así lo haré. Y gracias por tu ayuda.

—No hay de qué, Luke. Ya me conoces, ¿no? Avanzando por el corredor hacia la salida, Harlan pensó que, en efecto, ya conocía a Chester Curtis, que acababa de darle el espaldarazo, certificándole como Luke *Dandy*.

CAPÍTULO V

Cuando Harlan entró en el despacho del teniente Givern, estaba esperando Cora Melton.

Vestía un conjunto negro, blusa blanca de encajes, y toda su armonía se estabilizaba sobre altos tacones muy femeninos.

—¿Qué tal, Max?

Harlan fingió, sin gran esfuerzo, un mordisco en el aire.

Barry Givern anunció:

—Acaba de telefonar el guardián. Chester Curtis ha quedado convencido que le ha visitado Luke *Dandy*. ¿Está seguro usted de que... le convenció a él?

—Infalible. Pudo pensar que la pulmonía me aflojó un poco la memoria y nada más. Ya pasé el primer examen con aprobado. Ya sólo queda lo peor. Exhibirme ante el tiburón de Morgan.

—Y treinta mil a la vista, muchacho —ponderó Givern, riendo.

Entregó los objetos personales de Luke *Dandy*: cartera, billetero, llavero. Los fue repartiendo Harlan por sus bolsillos.

—Bien, Max, vamos a cenar —dijo Cora.

—No recuerdo haberte invitado, doctora.

Puso ella una gran dosis de hechizo en su sonrisa.

—Invito yo.

—Excelente, excelente —aprobó Givern, frotándose las manos—. Charlaremos.

—Usted, mi querido teniente, ya está casado, y tiene dónde cenar. Vámonos, Max.

Durante la cena, Harlan fue nuevamente comprobando que su compañía suscitaba mucha admiración. Nadie podía imaginarse que aquella esplendidez de mujer, era forense de guardia en la Morgue.

—¿Estás preocupado, Max?

—Algo. Porque en realidad yo no he hecho investigaciones criminales, por la sencilla razón de que es un trabajo que no

alimenta. Produce más dividendos actuar en divorcios, escoltas, vigilancias de mariditos juerguistas y demás. He trabajado en instalar sistemas de alarma, pero nunca he intentado suerte como atracador.

Rió ella.

—Si lleváis a cabo el asalto a un Banco, ¿cuánto crees que te tocará?

—Un chorro de plomo. Me tienes fascinado, chica. Para mi serías la ideal si abandonases tu cargo.

—Soy perito medical, especialista, y sólo abandonaré mi cargo, cuando tenga mi casa y un marido en qué ocuparme.

Pensó Harlan que si aquello no era una indirecta contundente, él estaba en el limbo. Prefirió seguir en el limbo, y al prolongarse el silencio, añadió ella:

—Es tarde ya, Max. Debemos irnos.

Harlan llamó al camarero, pagó, tras encargar dos *whiskys*, y apartando la silla, solicitó:

—¿Movemos los pies, ricura?

Las luces tamizadas, la orquesta discreta, la prieta elasticidad y el sentido del ritmo ondulante de la doctora Melton, influyeron en Harlan.

La mejilla era puro raso aromático, y la voz dulce como una caricia:

—¿Max?

—¿Sí?

—Cuídate mucho, querido. Deseo que vuelvas pronto.

—Y yo. No lo dudes.

Ella suspiró, sin abandonar el ritmo de la samba.

—Dejaré mi cargo, si así lo quieres, Max.

Harlan no quiso comprometerse. Enlazó más prietamente. Susurró ella:

—Te acompañaré para ayudarte a hacer las maletas.

En su apartamento, fue Harlan tendiendo prendas que ella iba metiendo en un maletín de fuelle.

—Es una suerte que no me guste hacerme bordar iniciales.

Empezaba a sentirse nervioso pensando en Judson Morgan.

—¿Max?

—¿Sí?

Harlan estaba en el cuarto de baño, mudándose.

—Me gustaría ver tu tatuaje.

—No tiene nada de particular. Tonterías de *Dandy*.

Acabó de vestirse, y al entrar en el dormitorio se sintió casi emocionado. Era una escena hogareña. Una mujer espléndida, acabando de cerrar la maleta, a punto de despedirse del marido.

Sólo que Harlan se aferraba como una lapa a su cómoda soltería. Pero Cora Melton estaba medio paso. Harlan extendió los brazos, la enlazó y labios y cuerpos se fundieron.

Cuando se desprendió sentía Harlan cierto temblor en sus rodillas.

—¿Max?

—¿Sí?

—Yo... casi deseo que no vayas a la granja de Oscar.

—Saldré bien, y por lo que me toca, seré más que prudente.

—¿Prometido?

—Prometido. Y ahora, vete, ricura.

Ella se aproximó a la puerta de salida y al asir el pomo, dijo con voz metálica:

—Sigues con la tonta obsesión de mis manos... Eres un majadero, Max.

La doctora Melton salió dando un portazo.

Harlan se encogió de hombros. Ya Harlan las paces a la vuelta de visitar la granja. Si es que volvía, pensó con cierta depresión repentina.

En la estación de Weehave, Harlan alquiló un taxi.

—¿Sabe dónde está la granja de Oscar?

El chófer, joven y de cara lunar, frunció el ceño.

—¿Quiere ir allí?

—Si no quisiera ir allá, no se lo hubiese preguntado, joven piloto.

—Bien, pues agárrese para el viajecito.

Durante un cuarto de hora, el taxi traqueteó por caminos vecinales.

Weehave era un pueblo encajado entre pequeñas colinas. Un lugar para turistas que acudían a bañarse en sus lagos y arroyos.

Al irse alejando del pueblo, inquirió Harlan:

—¿Qué clase de lugar es la propiedad de Oscar?

—No sé mucho de Oscar. Tengo entendido que aloja turistas, pero nunca he visto a muchos turistas por su granja.

—¿Conoce a alguno de los actuales huéspedes?

Una nube cubrió la ancha faz lunar del taxista.

—¿Es usted amigo de Oscar?

—Ni conozco a Oscar ni a ninguno de sus huéspedes.

—Bien. Entonces puedo hablar. Hay allí una mujer... ¡hermano, qué leona!

—¿La conoce a fondo, entonces?

—Superficialmente, ¡y vaya superficie! Hace cosa de unas tres semanas la conduje. Estaba sentada atrás como usted, y para pasar el rato inicié la cháchara. Y de pronto me plantificó un sopapo.

Suspiró antes de añadir:

—Y entonces, cuando bajaba, ¿sabe lo que pasó? La carrera son cinco dólares. Ella me dio veinte y dijo majestuosamente: «Guárdese el cambio, ternerillo». Como estábamos en la granja... Y además, a este precio me conformo con los sopapos. De todos modos, sigue siendo una leona.

—Yo no le daré veinte pavos, amigo.

—Ya... Pero tampoco me ha soplado usted ningún manotazo... por suerte.

—¿Era una mujer pasados les treinta? ¿Grande, morena?

—¿Aquel bebé? Oh, no, era una muñeca rubia, un cromo, una sirena de ciudad, de esas que parecen arrancadas del calendario Squire. Bien, ya hemos llegado.

Harlan miró en torno. Una carretera solitaria, envuelta por la negra noche y rodeada por sombría arboleda. Bajó del taxi, dio diez dólares y dijo, riendo:

—Guárdese el cambio, chotillo. ¿Por dónde me abro paso?

Tendió el chófer una mano.

—Ahí está el sendero.

Harlan se internó en la negrura hasta encontrar el sendero, que parecía abrirse paso por entre una jungla de espesa vegetación.

Había un pequeño letrero pintado con grandes letras blancas:

«Oscar-TURISTAS»

Oyó alejarse el coche acelerando. El rumor se convirtió en un

murmullo. Después, ya no se oyó nada, y una silenciosa quietud envolvió al viajero.

Empezó a andar y a los pocos pasos comprobó que los árboles eran como una fachada, porque tras ellos se extendía un llano, y en su centro una casa.

Cuadros de luz brotaban de las ventanas del primer piso. Harlan se detuvo para tomar la perspectiva de su próximo alojamiento.

La casa era vieja, decrepita, con chimeneas apuntando como dedos hacia el tenebroso cielo. Los grillos crepitaban. No había la menor brisa, y olía a sidra.

Dio Harlan unos pasos y volvió a detenerse. La puerta delantera de la granja se abrió y una luz amarillenta se desparramó.

Un viejo, membrudo y malcarado, se destacó caminando rápidamente. Mecía entre sus brazos, un rifle.

Se detuvo a unos cinco pasos, y movió el rifle de modo que encañonó el justo centro de la anatomía de Harlan, graznando como un cuervo:

—¿Qué diablos busca por aquí?

Era la bienvenida más apropiada en un sitio elegido como domicilio por Judson Morgan y su banda.

CAPÍTULO VI

—Soy Luke *Dandy* Farrow. ¿Quién demonios es usted, Matusalén?

El viejo bajó el rifle y rió como una gárgola siniestra.

—Algo tarde, ¿no, compadre?

—Farrow. Nada de compadre, ¿estamos, carcamal?

El viejo dio media vuelta y aproximándose al charco de luz, comprobó Harlan que la pupila derecha de aquel individuo estaba cubierta por un arrugado párpado denotando los restos de una catarata.

La otra pupila era lacrimosa y poco debía ver. Pensó Harlan que le habría sido difícil a aquel vejestorio atinar a un elefante a dos pasos.

El viejo pareció tener telepatía porque dobló el rifle mostrando la recámara vacía.

—Es para asustar a los mirones curiosos —dijo blandamente—. Me asomo, y se asustan.

—Basta con verle, noble anciano. ¿Quién diablos es usted?

—Oscar. Y de nombre Arthur. Vivo aquí. Es mi granja, y alquilo habitaciones para turistas.

—¿Qué turistas hay ahora en la granja?

—Sólo la novia de Judson y su hija. Vaya mujer...

Lástima que yo esté ya retirado de la circulación. Vaya mujer...

—¿Cuál? ¿La novia o la hija?

—La novia.

—¿Dónde está Morgan?

—Se fue a Runhill a recoger a los Reisman.

Harlan estaba satisfecho. Así en su primer contacto no tropezaría con el grupo entero. Subieron las escaleras, que crujieron.

Oscar abrió la puerta y entró Harlan con su maletín en un vestíbulo casi en tinieblas. Olía a rancio, a madera carcomida, a

papel de pared húmedo y a muebles vetustos.

Oscar colocó su rifle en una esquina, junto a la puerta, y cogió el maletín de Harlan.

—Lo llevaré arriba. Su cuarto es el primero a la derecha. El cuarto de baño hacia el final del pasillo.

Ahí están.

Señaló con la cabeza hacia el *living*, y fue subiendo la escalera hacia el primer piso. Max Harlan entró en el *living*. No pudo reprimir el corto silbido instintivo.

Aquella mujer era impresionante. De alta talla, sin corpulencia, sino incurvada majestuosamente. Calzaba chinelas rosas y el resto de su atuendo era un *short* y una blusa. Ambas prendas color carne.

Su negro cabello corto hacía resaltar los verdes ojos. Los rojos labios eran gruesos, firmes.

—Hola —saludó con voz de contralto, grave, mullida.

—Hola —silabeó Harlan.

—Yo soy Telma, y ésta es Karen. Karen, te presento al señor Farrow.

—Llámenme *Dandy* —dijo Harlan, viendo por primera vez a la hija de Judson Morgan.

Estaba casi oculta dentro de un amplio sillón. Y realmente, tal como había dicho el taxista, parecía arrancada de un calendario Squire. Un cuerpo esbelto, pero no delgado.

El largo cabello color miel caía sobre el tejido blanco de su vestido veraniego. El rostro estaba como petrificado en duras líneas y los ojos manifestaban dureza y frialdad.

Dijo sin amenidad:

—¿Cómo está usted?

—¿Desea beber algo, señor Farrow... *Dandy*? —sonrió Telma.

Sonreía como si estuviera compartiendo con Harlan un secreto, pensó el detective. Daba la impresión de que estaba muy complacida con la visita.

—Prefiero mantenerme sobrio.

—¿Sólo unas gotas?

—Bien. Sólo unas gotas.

—¿Con ginebra?

—Con agua pura.

Telma se levantó, abandonando el *living*. Al llegar a las sombras

del vestíbulo, se volvió, cerró los ojos y avanzó los labios en mudo beso.

Harlan respingó, porque aquel beso lejano le era dedicado. Y recordó lo que había dicho Chester Curtis de la novia de Morgan: «Está en la edad peligrosa...»

Harlan esbozó una sonrisa complacida y Telma se fue. Karen parecía no haber visto nada. Estaba hojeando una revista.

—¿Lleva tiempo aquí? —preguntó Harlan por decir algo.

Siguió ella mirando la revista.

—Demasiado tiempo.

Tenía una voz que podía helar el sol de agosto.

—¿Le gusta? —inquirió Harlan, tratando de ser cordial. Pero se daba cuenta que aquella muchacha le iba resultando antipática.

—¿Cómo puede gustarle a nadie este cementerio? De todos modos, señor Farrow, puede que a usted le agrade, porque ignoro cuáles son sus predilecciones.

«Una cursi presumida», pensó Harlan.

Telma entraba con dos vasos. Al inclinarse para tender un vaso a Harlan, éste pensó que le iba a ser difícil mantenerse impasible ante Telma. Era del tipo de Diana, cazadora de hombres.

—No haga caso de Karen —dijo Telma, guiñando—. Está un poco nerviosa esta noche.

La puerta crujió y un escalofrío recorrió el espinazo del detective. ¿Serían Morgan y los dos hermanos pistoleros?

Era Oscar que anunció, sin dirigirse a nadie en particular:

—Me voy a dormir.

—¡Pues váyase! —chilló Karen—. ¿O quiere que le canten la nana?

Oscar, sin mirarla, expuso:

—Cuando regrese Morgan que cierre bien las puertas.

Se fue, atravesando el vestíbulo y entrando en la cocina. Debía dormir en ella.

Harlan vio que la mirada de Karen rebosaba odio contemplándole. Bueno, contemplando a Luke *Dandy*...

Karen dijo lentamente:

—Vivo en el establo, señor Farrow. Tengo un hermoso cuarto en el piso alto del establo, alejado de todos los demás. Hay un gran cerrojo en mi puerta, y duermo con un hacha bajo la almohada.

¿Comprende?

Encogió Harlan los hombros. No había duda que el aviso iba dirigido a Luke *Dandy*.

—Vamos, nena, tómallo con calma —exhortó Telma, sin mirarla.

Sus anchos ojos verdes parecían taladrar a Harlan que decidió rehuir posibles complicaciones si se quedaba a solas con Telma.

Levantándose, manifestó:

—Tengo que cuidarme. Estuve enfermo. Una pulmonía, y ahora me encuentro algo cansado.

—Pero ¿ya está del todo bien, no, *Dandy*? —sonrió Telma.

Una sonrisa glotona, devoradora.

—En un par de días como nuevo, respirando estos aires campestres.

Telma guiñó de nuevo, como una cómplice enterada de todo. Harlan, confuso, abandonó la estancia.

En su cuarto, vistió el pijama, dispuesto a su papel de convaleciente. Se tocó las orejas, nerviosamente, para asegurarse que el plástico seguía en su sitio.

Aquel cuarto estaba pasable. Amueblado claro, mesita de noche, un sillón, una lámpara en el techo, dos ceniceros de bronce. Había un cuarto de aseo, anexo.

Abrió la ventana un poco y se echó sobre la cama. La noche era calurosa, sin brisa. Pensó en Telma. Un problema difícil. Parecía entusiasmada por Luke *Dandy*.

Pensó entonces en la fama de Judson Morgan. Su ficha le describía como cuarentón, pesando noventa kilos de huesos y músculos, de rostro cuadrado, no mal parecido, y podía pasar por un jugador de *rugby* o un robusto ciudadano cualquiera. Salvo que era un forajido.

El absoluto silencio fue truncado por la voz de Karen, que protestaba:

—Amable, amable... ¿Por qué tenía yo que ser amable con ese tipo?

Ese tipo era él, pensó Harlan. Bueno, era Luke *Dandy*. No oyó la respuesta de Telma, ni las demás frases. La discusión terminó con un portazo.

Saltando de la cama, Harlan se aproximó a la ventana, para ver a Karen que si se alojaba en el establo, debía pasar por el llano. La

vio caminando deprisa, erguida, desafiante.

Después, una luz se encendió en lo alto del otro edificio que había sido establo.

Y de pronto, Harlan tuvo la sensación de que ya no estaba solo en el cuarto. Se volvió.

Telma le sonreía en el umbral, con las sombras proyectando claroscuros sobre ella. Rebosaba de pasión... por Luke *Dandy*.

Y Harlan trató de coordinar. ¿Cómo podía una mujer apasionarse tan velozmente por un forastero, por un extraño, por un individuo que no llevaba en la casa ni una hora?

—No debería estar aquí, Telma —reconvino Harlan, consciente de que su frase sonaba grotesca.

Poco masculina, como procedente de una doncella dispuesta a defender su virtud. Pero era preciso apartar aquel peligro. Aquella mujer, prescindiendo de su mucho atractivo, era dinamita.

Era la novia de Judson Morgan, el hombre que empleaba un bazooka como instrumento de discusión.

—Escuche, Telma...

Pero ella estaba ya junto a él, frente a él, ofreciendo los labios. Unos labios apasionados. Era fuerte. Abrazaba como debieron estrujar las legendarias Amazonas.

Y Harlan no estaba en forma. Pensaba en Morgan y el bazooka... Ella, apartando sus labios, suspiró:

—¡Oh, *Dandy*, cariño mío! Pensaba que ya no volvería a verte más... Me han parecido siglos las semanas sin verte...

Harlan deglutió con dificultad, totalmente alelado por la sorpresa. ¿Conque Luke era el secreto amor de Telma...? Aquello no estaba previsto por el mando.

Ella debió comprender que su Luke carecía de entusiasmo. Murmuró:

—¿Qué te ocurre, *Dandy*, vida mía?

—He... he estado enfermo, muñeca. Muy enfermo. No estoy aún en forma.

—Yo me cuidaré de ti, cariño. ¿No estarás ya harto de mí?

—No, mujer. Pero ¿qué pasa con Morgan?

—Al diablo con Morgan.

—No podemos así... tan fácilmente, mandarlo al infierno...

—Tardará todavía en regresar.

Y Telma empezó a decir ternezas, entre caricias:

—... te quiero, *Dandy*, te quiero mortalmente...

El calificativo heló a Harlan, que balbució:

—Yo también te quiero, ricura.

Una puerta crujió y fuertes pisadas invadieron el vestíbulo.

—Judson y los Reisman —susurró ella.

Max Harlan, del frío intenso pasó a una transpiración ecuatorial.

CAPÍTULO VII

Telma reaccionó con la agilidad de un gnomo pese a su tamaño, perdiéndose en la penumbra del pasillo.

También reaccionó Harlan. En busca ansiosa de la calma, el dominio de sí mismo, y la identidad de Luke *Dandy*.

Se echó en la cama, esperando.

—¡Telma! —llamó una voz acostumbrada a mandar—. ¿Por dónde andas?

—En el cuarto de baño.

—Bien... ¿Llegó ya Farrow?

—Está durmiendo. No se encuentra del todo bien.

Judson Morgan estaba ya junto a la puerta. Preguntó:

—¿Está enfermo?

—Reponiéndose de una pulmonía. Déjale en paz —pedía Telma.

Se oyó una puerta en el pasillo abriéndose, y a la vez un chillido de Telma. Pies desnudos corriendo...

—¡No sabía que subiste con ellos! —exclamó Telma.

Harlan oyó a los hermanos Reisman reír.

La puerta de su cuarto se abrió, y encendieron la luz, que estalló como una explosión. Y Harlan vio entre la cama y la ventana una zapatilla sonrosada. La chinela de Telma, abandonada en su precipitada salida.

Harlan experimentó la sensación de que la chinela rosa ocupaba todo el cuarto. Pero acercándose, Judson Morgan sonreía. Amistosamente.

Aunque sus ojos parecían taladrar. Tenía el cabello negro, lacio, con leve claro en la coronilla. Su cuerpo era macizo.

—Hola, Farrow.

—¿Qué tal, Morgan? ¿Cómo van las cosas?

—Bien. He oído decir que estás enfermo.

—Leve flojera. Tuve un toque de pulmones antes de venir.

Bastarán unos días de aire campestre.

Morgan apoyó su corpulencia en la barra, al pie de la cama. Todavía no estaba en línea con la chinela rosa.

—Voy a presentarte a mis dos fieles. Éste es Carl y el otro Berto.

Los hermanos Reisman permanecían en silencio, uno a cada lado del umbral. Carl se aclaró la garganta y gruñó:

—¿Conque tú eres el profesor, el talento, eh?

Tenía un rostro achatado, corto cabello negro en cepillo. Su anatomía era larga, flaca. Debía tener unos veinticinco años.

Berto era más bajo, con cara redonda, expresión de imbecilidad, y rasgados ojos azules. Parecía adormilado.

Dijo también, con mueca desdeñosa:

—Hola, profesor.

No tenían entre sí nada de semejante. Morgan movió los anchos hombros como una tortuga saliendo del caparazón. Se dirigió hacia la ventana.

Harlan, levantándose, logró mover los pies de modo que la chinela fuera a parar bajo la cama.

—¿Conociste a Karen, Luke?

—Sí.

—Tiene todavía su luz encendida. Debería acostarse más temprano.

«Un padre cariñoso», pensó Harlan.

Volviéndose, añadió Morgan:

—Tiene un cerrojo especial en su cuarto.

—Ya me lo dijo ella misma.

—Pues recuérdalo siempre, y todo irá como una seda.

Carl bufó en risa silenciosa, y Berto emitió un gruñido. Los tres se fueron en silencio, y al cerrarse la puerta, Harlan se agachó, gateando hasta recuperar la chinela que escondió en su maleta.

Tendiéndose en la cama, pensó que ya estaba todo en marcha. «Como una seda...»

—Cangrejos... —silabeó.

No, no iba como una seda, ya que Luke *Dandy* había sido y era el gran amor de Telma. ¿Dónde? ¿Cuándo? Se durmió agotado.

Se despertó sintiendo la tibia caricia del sol que penetraba en sesgo dentro de la habitación. Un pájaro trinaba en una rama cercana, y el aroma de flores aventaba el rancio perfume de la

granja.

Y Harlan, pensando en la granja, recordó que era Luke *Dandy*, metido en el infierno, entre dos fuegos. Embutido en un rincón solitario, con la pasión de Telma, vigilado por los turbios ojos de Oscar, odiado por Karen, acechado por la tortuga gigante de Morgan, y envidiado por los hermanos Reisman.

Un panorama encantador. Y había algo más. Un asalto a un Banco en perspectiva. Era un hecho, porque dos atracadores no se daban cita en una granja para jugar al parchís.

Por suerte, el teniente Givern había asegurado que no pasaría la cosa a mayores. Apenas hiciera el trato de los billetes Bazooka, podría volver a la vida normal. Del resto se encargaría el teniente Givern.

Pensando en, los treinta mil de recompensa, Harlan sonrió beatíficamente. Para de pronto fruncir el ceño, nublado el porvenir.

La puerta, abriéndose, se cerró tras el paso de Telma. Allí estaba la novia de Morgan, la novia secreta de *Dandy*, con sus treinta y pico de veranos rellenando maravillosamente el jersey azul y la falda tejana.

Mentalmente protestó Harlan: «No, no, y no. Es de día. Nos pueden ver, y me voy de cabeza al fichero de la doctora Melton».

Acercándose, susurró ella:

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Mi zapatilla.

—En la maleta.

Se abalanzó ella a la maleta, sacó la chinela y la introdujo en el ancho bolsillo de su minifalda tejana.

—No puedo quedarme, *Dandy*. Pero esta noche podremos vemos. Esta noche.

—De acuerdo, ricura.

Telma se arrodilló junto a la cama, asió las manos de Harlan, y apoyó su cabeza sobre el pecho del detective, susurrando:

—¿Lo has planeado ya bien?

«¿Planeado, qué? —pensó Harlan—. Ah, sí... El Banco...»

—No, todavía no, guapaza.

—Pues tienes que hacerlo ya. El tiempo pasa.

—Claro. Pero nunca hay que apresurarse en estos asuntos,

guapaza.

—¿Cómo qué no? ¿Y por qué no?

—Mujer, pues... hasta que no le eche una ojeada al Banco...

—Pero si no estoy hablando del Banco, vida mía. Me refiero a Judson. ¿Cuándo liquidaremos a Judson, y cómo?

Agarrándose a las sábanas en súbita crispación, Harlan se mordió los labios para no demostrar su sobresalto.

—¡Telma!

Era la voz de Morgan. Imperiosa, la del domador llamando a la fiera sometida, pero traicionera. Telma se inclinó besando vorazmente a Harlan, antes de irse.

Harlan sintióse muy débil. En sus oídos iba repitiéndose en *crescendo* de flautas, cobres y tambores: «¿Cuándo liquidaremos a Judson?». «¿Y cómo?».

Oyó los pasos de Morgan, y volvió a echarse, procurando poner cara de convaleciente reposando, aunque su cerebro era un hervidero.

Morgan entró sin llamar. Debía ser su costumbre. Si encontraba una puerta, la empujaba. Si estaba cerrada, disparaba un bazooka.

—Hola —saludó con mueca amistosa, moviendo los anchos hombros, en su peculiar gesto de púgil antes de iniciar el combate.

—¿Qué tal? —replicó Harlan, levantándose y yendo hacia el maletín para coger una muda—. ¿Hay una lavandería por ahí?

—No estaremos tanto tiempo aquí para que tengas que preocuparte por la ropa interior.

—Del tiempo tenemos que hablar, Morgan.

—Y tanto... Por cierto, la carta que te escribí, supongo que la has traído, ¿no?

—Naturalmente.

Harlan la sacó del maletín, tendiéndola a Morgan.

—Es mejor no dejar papeles escritos.

—Eso es. Quémala.

—¿Dónde pusiste el sobre?

—Lo reduje a cenizas.

Harlan se quitó la chaqueta del pijama, volvió la espalda, rodeándose las caderas con una toalla al desprenderse del pantalón.

Así podía ver Morgan que tenía enfrente a «*Dandy*» con su marca.

—Un sitio curioso para un tatuaje, Luke.

—Así es. Caprichos que le dan a uno.

—Bueno, abajo estamos desayunando.

Telma sirvió el copioso desayuno. En el patio, los hermanos Reisman jugaban a las herraduras, lanzándolas con la intención de acertar a rodear el palo clavado en el suelo.

Más allá, el viejo Oscar estaba manejando una pala, aunque no hubiera señales en aquella granja de que ni siquiera se cultivasen rábanos.

Judson Morgan abordó el asunto. Asalto de un Banco. Protestó cuando Harlan pidió el treinta y cinco por ciento del botín.

—¿Quién corcho te crees que eres? Yo lo he cocinado todo. ¿Qué derecho crees tener para pedir un treinta y cinco por ciento?

—Pleno derecho —rebatíó, fríamente, Harlan—. Porque me necesitas. Y yo no pensaba que tenía que repartir con toda una familia de Morgan.

—Aparta a Karen de esto. Ella nada tiene que ver.

—¿Cómo no? Está aquí.

—Pero no aprueba que su papá se dedique a negocios peligrosos. En cambio, Telma sí que ayudará.

Intervino Telma:

—No discutáis. Dale su tanto por ciento, Judson. Total, sólo es dinero.

—Como si hablásemos de papel higiénico mojado, ¿eh? El treinta limpio y vas que escarbas, Luke.

Harlan fingió meditar, y dijo por fin, condescendiente:

—Tú ganas. Bueno. Conforme.

—El Banco está en Runhill, a unas cincuenta millas. Es un sitio de veraneo y hay carreras de caballos. Manejan pasta larga... Sólo hay un rural dirigiendo el tránsito en la calle principal dónde está el Banco. Y el polizonte parece aún más bobo que los Reisman.

—¿Retirada?

—Sencilla. Sólo hay carreteras radiando en torno a Runhill, colinas, bosques, encrucijadas, senderos... Jauja.

—¿Cuándo?

—He estado estudiando el pueblo casi un mes. Los de las carreras llevan el dinero al Banco a las once de la noche, y allí se queda, con sólo un guarda. A las nueve, de la mañana siguiente, un

coche patrulla va a recoger el dinero. ¿Te das cuenta?

—Te propones recogerlo antes que el coche patrulla.

—Exacto. ¿De acuerdo?

—Pero sin emplear armas de fuego.

—Si es posible, bueno.

—Ha de ser posible. Las cosas pueden hacerse sin necesidad de dar estampidos y provocar estruendo.

—Vaya... El californiano nos está resultando un corderino.

—Para rugir siempre hay tiempo. Veamos qué pasa con los hermanitos.

Harlan llamó a los Reisman. Ninguno de los dos se movió. Siguieron balanceando herraduras. Volvió a llamarles Harlan. Continuaron tirando herraduras.

Judson Morgan vociferó:

—¡Aquí, becerros!

Los dos hermanos acudieron corriendo. Harlan atacó:

—¿Podéis llegaros a Runhill y estudiar los contornos del Banco, sin que os huelan el pelaje?

—Trátalos mejor, Luke —indicó Morgan.

—Pero si los estoy tratando con guante crema...

Se veía que los Reisman sólo tenían un código. Disparar cuando lo ordenaba Morgan. Era la «Vos de su Amo». Las demás voces no las oían.

—Me los llevaré yo —dijo Morgan—. De todos modos, tengo que hacer algunas compras.

—¿Qué hay de la matrícula del coche?

—Tengo una nueva.

—Va bien, Judson. Piensas en todo —aprobó, magnánimo, Harlan.

Intervino Telma:

—Tengo que hacerme un champú, querido. Prefiero quedarme.

Estaba en pie, y Morgan le asestó una ruidosa palmada en las ancas, como un ganadero a una jaca.

—Vienes conmigo. Tengo que comprar una cesta y será mejor que una mujer como tú lo haga. Tú, Luke, puedes quedarte, porque has de respirar el aire puro y no polvo de carretera rural. Llama a Karen, Berto.

La marcha se retrasó porque Karen no quería ir a Runhill. Desde

el porche, oía Harlan la discusión en el establo. Morgan vociferaba y Karen sólo emitía netas negativas.

Morgan salió, dirigiéndose como una corriente de lava hacia el «Chevrolet» y saltó al volante. Pero de pronto volvió a bajar.

Telma permaneció junto al volante. Atrás, los dos hermanos parecían espectadores aguardando el principio de la riña de gallos.

Harlan creía también que Morgan iba a coger a su hija por los cabellos arrastrándola hacia el coche.

Pero Morgan se dirigió hacia él.

—¡Vamos, *Dandy*! Vienes con nosotros.

Harlan siguió quieto en el porche, examinando los noventa kilos musculosos que, deteniéndose en el peldaño superior, repitieron:

—Vienes con nosotros.

—No voy a ninguna parte, mientras no me dé la gana. No estoy aquí para que me digas lo que tengo que hacer.

Ondeó Morgan una amplia manaza:

—¿Vas o no a meterte en el coche?

—Escucha, Morgan... Si te preocupa que me quede aquí estando Karen a la vista, olvídale. Para mí ella es un bicho antipático.

El puño de Morgan alcanzó a Harlan en el estómago, pero no hizo mucho efecto, porque el detective se encogió amortiguando el golpe.

Se oyó el chillido angustiado de Telma.

Un directo de Morgan pasó zumbando por encima del hombro de Harlan, al ladear éste la cara. A la vez asestó Harlan un gancho en corto y un directo recto, seco y rápido.

Que Morgan encajó como si fueran picaduras de mosquito. Inmune a derechazos y ganchos. La rodilla de Harlan falló en su encontronazo con el bajo vientre de Morgan.

En cambio, Morgan no falló su puñetazo en el estómago. De lleno. Y Harlan tuvo la repentina impresión de haber recibido un disparo de bazooka.

Cayó de rodillas, boqueando afanosamente en ansias de aire para llenar sus pulmones vaciados súbitamente.

Telma se colgaba al cuello de Morgan desde atrás montada en su espalda. Suplicaba, decía mimosidades, acariciaba...

Judson Morgan se fue calmando. Ella le atraía hacia las escaleras.

—No debes encresparte, Judson. Él está enfermo.

Harlan, poniéndose en pie se dirigió hacia Morgan.

Pensaba que aquél era el momento de liquidar a Morgan. Ahora o nunca.

Lanzando un grito, Telma se interpuso, tensos los brazos. Una mano en cada torso masculino. Como un árbitro, pero asustado.

—No, *Dandy*, no... Atrás... No peleéis...

—Cuidado conmigo, Morgan. Esto no debe repetirse si hemos de seguir vivos, juntos —barbotó Harlan, resollando enfurecido.

—¡Nadie llama a mi hija bicho antipático! —rezongó Morgan.

—Por favor, por favor, Judson, querido mío... Vámonos —suplicaba Telma.

Consiguió llevarse a Morgan.

Los neumáticos chirriaron y él «Chevrolet» se alejó a toda velocidad.

CAPÍTULO VIII

Entrando en la cocina, Harlan permaneció largo rato con la cabeza bajo el chorro de agua fría. Pero el estómago seguía molestándole, como si hubiera tragado una piña con la cáscara.

De todos modos tenía suerte, puesto que al quedarse solo tenía la posibilidad de efectuar un registro. En alguna parte de aquella granja habría escondido Morgan el medio millón.

Comprobando que no estaban a la vista ni Oscar ni Karen, pasó al sótano. A la media hora adquirió la convicción de que allí no había ningún escondite. Decidió ir al otro extremo: al ático.

Un lugar que hacía tiempo no había sido visitado porque en el suelo se extendía en capa uniforme un par de dedos de grosor de polvo.

Desde la puerta examinó Harlan los objetos allí esparcidos: cajas abiertas, maletas viejas, sillas rotas, un catre de somier reventado, y dominando aquellos trastos viejos, un maniquí de modista.

En el piso primero, el cuarto de Telma denotaba pulcritud. Cada cosa en su sitio. El cuarto de Morgan parecía el de un ropavejero que emplease el suelo como percha para trajes, camisas y mudas sucias.

En el segundo cajón de una mesita despacho encontró Harlan varias cartas. Una la firmaba Chester Curtis, el intermediario del hampa. Que dos semanas antes le escribía a Morgan:

«... Sigo sin entender por qué *Dandy* abandona su negocio de California, y demuestra tanto interés en contactar contigo. Pregúntaselo cuando le veas, o posiblemente él mismo te lo dirá».

Volvió a colocar las cartas tal como estaban, y se dispuso a salir. Pero en la pared había un calendario, y *Miss* Agosto tenía un gran

parecido con Karen Morgan.

Tal vez sus cabellos algo más oscuros y los ojos menos grandes, pero todo lo demás coincidía muy suculentamente...

—¿Encontró lo que buscaba, señor Farrow?

Respingando, abandonó Harlan la contemplación de *Miss Agosto*, para dar media vuelta y enfrentarse con el original en persona.

En el umbral, Karen Morgan sonreía. Como la Gioconda, y como debía sonreír

Mata-Hari...

Posiblemente pensaba bañarse en el estanque donde remansaba el río, porque llevaba una capa albornoz.

—Hola —dijo alegremente Harlan—. ¿Va usted a nadar?

—No ha contestado a mi pregunta, señor *Dandy*.

—A preguntas insípidas, trompas de Eustaquio insensibles, decía mi maestro. ¿Qué le hace creer que buscaba algo? La puerta estaba abierta, y entré para echar un vistazo al calendario. Esta *Miss Agosto* se me antojó su vivo retrato, Karen.

—No me suponga tan tonta. Yo estaba en el cuarto de baño y le vi entrar con pasos de conspirador de melodrama malo. Toda su apariencia delataba al que busca algo.

—No busco nada, palabra.

Tendió ella un paquete de «Chesterfield». Complacido por la atención, cogió Harlan un cigarrillo, encendiéndolo y echando una copiosa bocanada.

—Esto sí que es raro —dijo ella fríamente—. Después de una pulmonía afirman los médicos que se tarda mucho en volver a fumar, señor *Dandy*.

—Yo ya estoy repuesto.

—Y tanto... Hay que ver cómo movía usted los puños para despedir cariñosamente a mi papá.

—Fue una pequeña controversia sin más consecuencias.

—Casi un linchamiento si no llega a intervenir Telma —y mirando hacia el calendario añadió ella en el mismo tono trivial—: ¿Tampoco encontró nada en el ático? ¿Ni en el sótano?

—No busco nada. Lo que pasa es que mi profesión no es de las más tranquilas y siempre me gusta inspeccionar los lugares donde me alojo.

—Ya.

Sin una sola palabra más, abandonó ella el cuarto. Harlan la alcanzó cuando llegaba ya al porche.

—Preferiría que Morgan no se enterase, ¿comprende?

—¿Por qué no, si solamente estaba inspeccionando el hotel?

—Bien... Ya sabe lo desconfiado que es Morgan. Es usted su hija.

—No se preocupe, señor *Dandy*. Procuro hablar lo menos pasible con el autor de mis días.

Viéndola alejarse, pensó Harlan que aquel incidente parecía ya resuelto. Le tocaba ahora ver si lograba sacar algo de Oscar.

Le encontró encaramado en una escalera, podando frutales.

—Hola, Oscar. No debería exponerse a romperse el cuello. ¿Por qué no llama a cualquier técnico en podadera?

—Casi lo soy. Antes empleaba un jardinero, pero Morgan me enseñó.

—¿Morgan?

—Entiende un rato de árboles, para ser un ciudadano. Me enseñó a cortar las ramas podridas, y el truco para evitar que se propagase la enfermedad. El mismo se cuidó de una docena de árboles. Cortando las ramas podridas y rellenando el hueco con cemento negro.

Harlan empezó a vislumbrar algo... ¿Huecos en los árboles? ¿Cemento...? Meditativo, se alejó hacia el río, deteniéndose al oír que Oscar le llamaba. Le miró.

—Sería mejor que no fuera al río, porque allí está Karen.

—¿Y qué?

—Ya conoce a Morgan. No le agradaría saberlo...

—Entendido. Daré un paseo lo más lejos posible del río y de Karen.

Harlan atravesó el sendero hacia el bosque. El día era caluroso, y el cielo tenía un espeso color azul, de pastel.

A los diez minutos, varió Harlan el rumbo, y poco después alcanzaba la ribera del llamado río, que era más bien un arroyo. Un sendero lo bordeaba, y lo siguió Harlan, deteniéndose de pronto.

Había unos cuadros de flores, rejillas, cruces blancas y dos lápidas. Una de ellas mentaba a «Mary Oscar», fallecida veinte años antes. La otra, a «Alfred Oscar», hijo del matrimonio Oscar, muerto hacía ya veintiocho años.

Turbando el absoluto silencio, se oía el clásico rumor del agua al ser manoteada. Dejó atrás Harlan el cementerio en miniatura, hasta divisar la piscina natural que formaba el arroyo en aquella pequeña hondonada.

En su centro, Karen Morgan flotaba boca arriba. Un espectáculo agradable, de plácida ociosidad veraniega.

Desde donde estaba, entre matorrales, ella no podía verle. Se sentó.

Y apenas lo hizo se elevó un denso zumbido irritado. Por reflejo, Harlan se levantó como un cohete, iniciando un *sprint* desesperado.

Sintió varios aguijones en la espalda, revelando la furia de las abejas en cuyo recinto se había sentado.

Aceleró la carrera, zambulléndose en el agua como un nadador impaciente. Se sumergió nadando en rana bajo el agua, hasta que sus pulmones pidieron aire.

Emergió con prudencia, sólo hasta los labios mirando en torno con aprensión.

Respiró aliviado, porque las abejas le habían perdido la pista.

A dos metros de distancia sacaba también la cabeza Karen, que de pronto empezó a reír incontinentemente, apuntando con el índice a Harlan:

—Estaba usted graciosísimo, dando saltos como un oso loco. Se zambulló como un tarzán perseguido por rinocerontes.

—Las abejas vuelan y pican con rabia.

—¿Le alcanzó alguna?

—Me temo que sí.

Nadaron juntos hasta la ribera, donde en pie se quitó Harlan camisa y camiseta. Presentó la espalda desnuda a Karen, que afirmó:

—El barro es el mejor bálsamo.

Recogió ella pellas de barro, para aplicarlo sobre las rojeces.

—Hay que reconocer que está en buena forma para la carrera y la natación, señor *Dandy*, aun con su pulmonía.

—¿Es que se imaginaba que la pulmonía le dejaba a uno años en una silla de ruedas?

Terminó ella de empastar barro y extendiendo su toalla, se echó sobre el esponjoso tejido de su albornoz. Llevaba un bañador de universitaria: un «Jantzen» azul.

—Este sitio es delicioso.

—Mucho, pero es preferible que no le diga a mi padre que le encanta el panorama.

—¿Viene mucho por aquí?

—Por la noche, cuando todos los demás están durmiendo.

—¿Cada noche?

—Es muy posible que esta noche venga.

—Suenas como una invitación.

—No lo es, señor *Dandy*, pero el agua es libre.

—Me gustan las cosas libres.

—No hace falta que lo jure. Pero en este caso, lo único que aquí hay libre es el agua. No lo olvide.

Recogiendo sus mojadas prendas, Harlan dijo «gracias» antes de alejarse. Era lo único que se le ocurría decir. Aquella muchacha era desconcertante.

En la casa, se mudó Harlan, y viendo que Oscar seguía con los frutales, mientras se divisaba a Karen en lo alto del establo, acudió al teléfono.

Cuando le dieron comunicación con la comisaría, pidió en voz baja por el teniente Givern. Oyó su voz jovial:

—Teniente Givern a la escucha.

—Aquí el granjero a la fuerza.

—¡Max, muchacho...!

—Nada de nombres, cangrejo. Es una conferencia, ¿sabe?

—Ya. ¿Todo va bien?

—Agárrese de las solapas. Resulta que el número Diez estaba en muy buenas relaciones con la novia de la fiera.

Por el auricular resonó prolongado el silbido policial.

—Además está la hija, que me parece sospecha algo, y me ha dado una velada cita en la piscina.

—Oiga, lo que me parece es que se está usted pegando la gran vida.

—Desde las butacas los golpes de los boxeadores parecen almohadillazos. Tome nota: la primera fémina mencionada había planeado con el número Diez la supresión de la fiera. Y persiste.

—¡Caray, caray! Oiga, si topa con algo imposible de manejar, recuerde que he alertado a la policía en Runhill y...

Se oían los pasos de Oscar. Colgó Harlan para subir corriendo

hacia el piso, de donde volvió a bajar con la ropa húmeda que colgó de un alambre en el patio.

Hacía mucho calor cuando el «Chevrolet» expulsó a Morgan, Telma y los hermanos Reisman, los cuales manifestaron que «todo iba como una seda».

—Pero tendremos que cambiar los planes —dijo Morgan.

—¿Por qué? —quiso saber Berto Reisman—. No necesitamos planes. Entramos, salimos, y basta cuidarse del único policía, cosa fácil y...

Imprecando le interrumpió Morgan:

—De bruto que eres, so tarugo, no tienes ni la normal visibilidad. ¿Es que no viste a los rurales mosconeando por la ciudad?

—Bah... Estarían de compras —opinó Carl.

Morgan extendió un mapa. Empezaron las discusiones sobre horario, carreteras, posibles incidencias, medio de prevenirlas y al término de la disertación, meditó Harlan que un detective tenía grandes probabilidades de prosperar como atracador.

Quedó decidido que Harlan trataría de localizar al día siguiente el sistema de alarma del Banco Agrícola.

Después de la cena, los hermanos Reisman volvieron a su juego de herraduras. Oscar convenció a Morgan para que inspeccionara un árbol. Karen se había ido.

—¿Ya lo has planeado, *Dandy*? —musitó Telma, aproximándose al sillón en que Harlan se esparcía.

—Después del atraco, entonces, querida. Pero tienes que asoldarme.

—¡Claro que sí, cariño! —afirmó ella con entusiasmo.

—Quiero decir que mataré a Morgan, pero hay algo en que también tenemos que ir a medias.

Estaba ella sentada en el brazal del sillón. Enlazó por el cuello al detective, susurrando:

—¿A qué te refieres?

—A los billetes Bazooka; Tienen que ser nuestros.

—¿Es que no confías en mí, cariño?

Estaba, pues, claro que ella sabía dónde se escondía el botín, y, en cambio, Luke *Dandy* no tenía la menor idea.

—Seguro que confío en ti, querida, pero tengo que saberlo.

Con ternura, manifestó ella:

—Estuvimos de acuerdo, y lo prometiste, Luke. Quedamos en que tan sólo después que matasen a Morgan, te diría dónde está escondido el medio millón.

—Bien, pero he estado pensando:

No hubo ya la menor ternura. Dijo ella secamente:

—¡Después que mates a Morgan!

Saltó ella del sillón, alarmada.

Se aproximaba la voz triturante de Morgan, cantando:

«Oh, sí, señor, sí, señor, ésta es mi nena bonita...»

CAPÍTULO IX

Judson Morgan interrumpió su meloso «spiritual» echando una mirada recelosa a Harlan. Se veía que acababa de hablar con Oscar.

—¿Cómo es que te mojaste la ropa?

—Salté al río.

—¿Eh?

—Pisó una colmena.

Morgan le contempló como si examinase a un loco. Estaba sentado en el diván y a su lado, amorosamente, Telma le acariciaba una manaza.

Karen había regresado y estaba leyendo una revista. Los hermanos Reisman habían repartido cerveza, y se hallaban empeñados en una violenta partida de cartas.

—¿Para qué tenías que ir al río?

—Me gusta conocer los alrededores cuando me alojo en un lugar desconocido.

—¿Y viste a Karen?

—No.

Barajando, intervino Carl:

—Vaya talento, que pisa colmenas.

—Vaya talento —confirmó Berto con bufido burlón.

—Peor si hubiera pisado una vaca, ¿no? Hablemos de cosas más provechosas, Morgan. Tengo un buen trato entre cejas.

—¿Sobre qué?

—Un trato soberbio.

Si estaba sudando podía achacarse a la noche calurosa. Prosiguió:

—Tengo las suficientes relaciones en el sitio adecuado, para poderte ofrecer sesenta centavos por cada dólar Bazooka.

La cosa se animó repentinamente.

Telma, que estaba pasando la mano por la nuca de Morgan,

hincó las uñas. Morgan chilló, apartando el brazo de Telma, y de paso le dio un revés en la mejilla.

—¡Aparta, maldita gata!

Furiosa, Telma movió los puños, replicando sobre el pecho de Morgan como si tocara el tambor.

Morgan agarró las dos muñecas en una sola mano, y con la otra asestó un pavoroso manotazo.

Telma quedó sentada en un rincón del diván, medio conmocionada.

Karen Morgan giró la página de la revista.

El detective reprimió su primer impulso de abalanzarse.

Berto Reisman cantó jubiloso:

—¡Veinte en copas, y arrastro!

Su hermano gruñó enojado:

—¡Arrastra el trasero por un zarzal, chiripudo!

Recobrando su normal sentido, Telma empezó a murmurar venenosos comentarios acerca de las cualidades inexistentes en Morgan.

Intercalando insultos que, entre sus labios, salían disparados con salvaje furia.

Y de pronto, distendiéndose, saltó sobre Morgan, asestando puñetazos y arañazos.

Morgan le apartó los brazos, le rodeó el talle, y resonaron los manotazos en la parte inferior de la espalda de Telma, rematados por un bofetón capaz de tumbar un tabique.

Harlan, cerrados los ojos, fingía frotarse los párpados.

La rendición completa de Telma quedó evidente, cuando sentándose en una silla de espaldas a los reunidos, empezó a sollozar histéricamente.

Karen Morgan siguió girando páginas de la revista.

Berto Reisman anunció triunfalmente:

—¡Fallo, contrafallo y recontrafallo, capullete!

—¡Qué tío más chambón...! No te cases nunca, lirio hediondo.

Morgan hizo buches con cerveza, y deglutiendo con ruido, preguntó:

—¿De qué estabas hablando, Luke? Creo que era un trato...

—Te ofrecía setenta centavos por cada dólar Bazooka.

No pasó lo que había profetizado el teniente Givern.

Morgan no saltó entusiasmado. Se contentó con mirar a Harlan, enigmático el rostro en fría mueca.

Insistió Harlan:

—Me conoces lo bastante, y tengo una reputación bien consolidada. Es una operación a cubierto de todo riesgo.

Morgan movió los anchos hombros. En aquel instante, debía equivaler al fruncimiento de cejas del que medita.

Por último dijo lentamente:

—Ahora ya sé por qué tenías tanto interés en contactar conmigo.

—Todos los caminos conducen a la tumba, y todos los contactos a un fin. Pensé que ya lo habrías adivinado, Judson.

—¡No! ¡No lo había adivinado, tío listo! Me limitaba a cavilar por qué demonios tenías tanto interés en trabajar conmigo, contando con un buen negocio como el que tienes en California. Ellos estaban intrigados —y señaló con el pulgar hacia los Reisman — y también Curtis estaba intrigado.

—Me consta, pero no era asunto suyo.

—¿Y qué hay del asalto al Agrícola, Luke?

—Sigue siendo el negocio en perspectiva. Dos pájaros de un solo salivazo... Y supuse que el trato te convencería.

—Me convence. Sólo que hay una leve pega, Luke. No existen los dólares esos.

—¿Eh?

—Tal vez no leíste bien los periódicos. Berto, Carl y yo fuimos absueltos. Se demostró, pues, que nada tuvimos que ver con el asunto. Hubo confusión de identidades. No habiendo cogido nosotros los dólares, no hay, pues, trato ni nada.

—Y un cangrejo frito... Me ofende que me tomes por un gorrión. Te estoy proponiendo un trato único. Nadie te dará sesenta por cien. Tú sabes quién soy, te consta que no fanfarroneo y que todo será llevado con el máximo de garantía.

—¿Quién te envía, Luke?

—Yo me envió.

Berto Reisman pareció súbitamente muy interesado. Dijo incrédulo:

—No presumas de que puedes tú solo hacer pasar medio millón.

—No presumas —confirmó Carl.

—Olvidalo, Luke —sonrió Morgan—. No fuimos nosotros los del

bazooka, y te juro que es la pura verdad, sobre cualquier Biblia. Pero sólo por curiosidad, ¿cómo te las ibas a componer para pasar medio millón marcado?

—De tan sencillo, da puro asco. Tengo mis relaciones, y no hace falta nombrarlas, porque no os importan. Todo lo que te importa saber es que la moneda que recibirías a cambio, es de libre circulación. El medio millón sería destilado a través de los apostadores de Los Ángeles, un sábado. Todos los ganadores en caballos y números, serían pagados con los bazooka. El lunes por la mañana, el medio millón estaría ya repartido por todo California.

—¿Así como así? —sonrió Morgan chasqueando los dedos pulgar y medio.

—Así como así —repitió Harlan, castañeteando los mismos dedos.

Rió Morgan, roncamente:

—¿Y qué pasaría cuando las huellas condujeran a los apostadores?

—¿Cuánto tiempo podría la policía mantener entre rejas a dos centenares de apostadores con su jauría de leguleyos con dientes afilados?

—Pero hablarían.

—¿De qué y de quién? De la familia, si acaso, porque no tendrían ni idea de la procedencia.

Intervino Berto:

—No veo posible que los apostadores cojan la moneda ardiente, sin enterarse de la procedencia.

—Eso es asunto mío, ¿no? —Especificó Harlan.

Morgan, en el silencio que siguió, sorbía lentamente cerveza. Telma, volviéndose, miró con fiereza a Harlan. No estaba nada guapa. Tenía los párpados enrojecidos, una mejilla hinchada y estaba desgredada.

Por fin, contestó Morgan:

—Es una pena, hombre... ¡Quién tuviera ese medio millón!

—Piénsalo bien, Judson.

—Soñaré en ello, Luke. Palabra.

Karen se levantó, diciendo:

—Voy a acostarme. Pero me quedo si hay otra exhibición de caricias entre novios, papá. A menos que también a mí me quieras

abofetear, papá.

Morgan rodó los hombros, gruñendo:

—Cierra el pico y a la cama, chiquilla.

Al salir, dijo Karen, como un comentario trivial.

—Esta noche hace mucho calor.

Calibró Harlan que aquello equivalía a una encubierta invitación, una cita en el río. Y también que realmente hacía mucho calor.

Sudaba bajo el concentrado fuego de la mirada de Telma y de los hermanos Reisman.

Poco después, en su cuarto, apagó Harlan la luz, para instalarse junto a la abierta ventana. Podía divisar el establo.

Pensando en Karen. Por la mañana, parecía una niña divertida. Por la noche había vuelto a ser fría, distante.

Al tercer cigarrillo fumado en el hueco de la mano, oyó unos pasos deslizarse al interior del cuarto.

Telma. La atrajo Harlan hacia sí.

—Ricura...

—Luke...

—¿Sí?

—¿Estás en tus cabales, idiota?

Harlan estimó preferible meditar la respuesta, besando. Dijo luego:

—¿Qué es eso de llamarme idiota, cangrejos? Sé muy bien lo que me traigo entre cejas. Tenía que decirle eso. Hasta un cretino sabría que yo, Luke *Dandy*, no iba a molestarme en venir desde California para planear un trivial asalto de Banco al alcance de cualquier novato.

—Pero ¿por qué le pusiste en la cabezota la idea de que es posible pasar los billetes?

—Tenía que presentarlo de un modo que él tragase. Además, es verdad. Puedo pasar la moneda, porque tengo un sindicato preparado.

—¿Y de veras te pagarían a sesenta?

—Como un clavo.

—Nos bastarían.

Era cuestión de apasionarse. Ella parecía una liana carnívora, pegajosa. Susurró él:

—Lo que me ofende, ricura, es que no confíes en mí.

No diré que pretendas engañarme con Morgan, pero me sentiría mucho mejor, si supiera dónde están los billetes.

—Lo sabrás apenas Morgan esté bien muerto. Además... ya no estoy tan segura como antes.

—¿De qué no estás segura?

—Acerca de los billetes. Sé que están aquí, porque yo iba con él cuando los traje a la granja, pero me temo que los haya cambiado de escondite.

—Vamos listos... No estoy dispuesto a manejar pico y pala en el centenar de acres de la granja.

—Aunque, bien pensado, creo que sé dónde están.

—¡Maldita sea! ¿Dónde, Telma?

Ella le besó antes de runrunear cariñosa:

—Te lo diré apenas matememos a Morgan.

—¿Y qué pasará con los Reisman? ¿Y Oscar?

—De éste nos cuidaremos Morgan y yo. Ahora bésame con pasión.

Max Harlan cumplió la petición con sumo placer.

Poco después abandonaba ella el cuarto y Harlan se dispuso a esperar el momento oportuno de verse con Karen.

Aguardó media hora, y bajaba las escaleras cuando oyó un crujido en la planta baja. Y la voz de Morgan reprochando:

—Cuidado, tú...

Telma contestaba:

—Ha sido la madera...

Iban hacia la cocina.

Siguió Harlan bajando hasta que, saliendo, contorneó la casa, para llegar junto a la cocina.

Se aproximó al marco de la ventana, asomando la mitad superior del rostro. Vio a Oscar durmiendo. Boca arriba, sin que le molestara la luz encendida, Roncaba con regularidad.

Y entonces vio también a Morgan, dedicado a un trabajo extraño.

Estaba quitando de la mesa de la cocina, el salero, un cubierto la panera, una bandeja, y dejándolos cuidadosamente en un estante.

Por fin cogió el hule que oficiaba de mantel, y lo extendió en el suelo, junto a la cama donde dormía Oscar.

Entonces, irguiéndose, hizo una señal con la cabeza. Apareció Telma. Parecía llevar en alto un bastoncillo metálico.

Todo sucedió tan deprisa, que no tuvo Harlan ni tiempo de darse perfecta cuenta. Telma levantó el brazo, a la vez que Morgan bajaba la mano colocándola sobre la boca del durmiente.

Lo que empuñaba Telma era un largo cuchillo.

Que penetró en el pecho de Arthur Oscar. Varias voces.

Morgan dominaba con sus manos los sobresaltos de Oscar.

Harlan se apoyó en el tabique, sintiendo náuseas. Habían decidido eliminar a Oscar porque debía, seguramente, haber hallado el escondite del medio millón.

Y ahora, Harlan ya no podía intervenir. Oscar estaba muerto. Lo envolvían en el hule.

Harlan se agazapó tras un tonel. Morgan y Telma salieron llevando el cadáver envuelto en el hule.

Harlan fue siguiéndoles a distancia prudente. Nada podía devolver la vida a Oscar. Pero quería saber dónde iban a esconder el muerto.

Iban hacia el río. Morgan encendió una linterna, sin soltar la parte más voluminosa del fardo, que abrazaba Telma por las piernas.

Había ya un hoyo preparado en torno a las raíces de un frutal. Morgan colocó allí el hule con su contenido. Echó después el cemento que aquel mismo día había preparado Arthur Oscar.

Después de alisar la tierra, se fueron.

Y Harlan permaneció entre los matorrales.

Les había visto, y podía declarar contra ellos ante un jurado. Pero aún quedaba por encontrar el medio millón.

Pasó por cerca de las dos lápidas, renovándose su fiebre.

Y entonces vio a Karen. Bañándose con lentos movimientos, como una ninfa de los bosques.

Ella alzó la mano en saludo, sonriente:

—Hola. Empezaba a pensar que se había olvidado...

—Sal del agua, muchacha. Esta agua corre por tierras de muertos.

CAPÍTULO X

Se aproximó ella a la ribera:

—¿Eh? Pero si es el agua más limpia que se pueda desear. Póngase el bañador y refrésquese.

—Dije que salieras del agua, muchacha.

Ella dejó de sonreír. Le miraba con curiosidad. Tendió la mano, y él la ayudó a salir del remanso.

Sobre un matorral estaba la amplia toalla, que cogiéndola, le entregó Harlan.

—¿Qué le pasa? —preguntó Karen, intrigada.

—Nada.

—Parece como si acabara de ver fantasmas. O estuviera loco.

—Casi... Este río lleva sangre. Telma y tú... Telma y Morgan acaban de matar a Oscar. Los vi... Le apuñaló ella. Y Morgan y ella lo llevaron al pie de un frutal, echaron cemento y alisaron... Fue algo monstruoso.

—No... no puede ser...

—¡Lo he visto! ¡Ahora mismo!

Dejó ella caer la toalla, se apartó, pareció tropezar y cayendo de rodillas, se cubrió el rostro con las manos.

No lloraba. Se limitaba a estar de rodillas, meciéndose. Y así permaneció largos minutos.

Molesto, murmuró Harlan:

—Perdona si he sido brutal.

—Y ahora... ¿qué piensas hacer?

—Largarme, pero he pensado en ti. Si quieres venir conmigo, alejarte de ellos...

Levantándose, replicó ella:

—Y entonces, ¿irías a la policía, no?

La lima jugaba sobre el «Jantzen» azul y la piel bronceada.

Luke *Dandy* no podía ir a la policía.

—Pero ¿cómo voy a ir yo a la policía, mujer?

Tenía ella las facciones tensas, endurecidas. Pero habló suavemente:

—Porque tú no eres Luke *Dandy*. Irás a la policía. Y yo no quiero.

Volvió ella a cubrirse el rostro con las manos, y esta vez lloró, como una niña asustada, perdida en las tinieblas de un bosque.

Harlan le cogió las manos, cuando ella dejó caer los brazos.

—¿Cómo sabes... cómo adivinaste que no soy Luke?

—Luke *Dandy* es... era... una bestia.

—Explícame...

—Cuando mi padre y los Reisman estaban en la cárcel, esperando para comparecer ante el tribunal, Telma fue a Miami. Como yo estaba sola, la seguí. Y les sorprendí.

—¿A quién?

—A ella y a Luke.

—¿Dónde?

—Estaban en un parador.

—¿Qué sucedió?

Retiró ella las manos, quitándose el gorro de baño. Su cabello se desparramó como blanda miel perfumada de tomillo.

—Me hice la encontradiza. Ella me dijo que tenía que ir de tiendas, y que la esperase. Mientras, llegó Luke, buscándola. Me encontró. Charlamos un poco y no me pareció tan bestial como me habían dicho. Y de pronto...

Dilató los ojos, evocando. Había terror en su mirada, y susurró:

—No puedo... no puedo contarle...

Harlan la enlazó por los hombros. Dijo torpemente:

—Vamos, vamos, es mejor olvidar los malos recuerdos, pequeña. Lo que ya pasó, pues, eso, ya pasó...

—De pronto, Luke se convirtió en una fiera... Tú hablas como él, y tienes su aspecto. Pero él... era una bestia. Pude escapar, pero muchas noches aún tiemblo recordándolo. Huí. Poco después, los hermanos Reisman dieron conmigo, y tuve que volver a vivir con mi padre. Cuando mi padre quiere es más eficaz que la policía para encontrar a una fugitiva.

Dando unas palmaditas en la mejilla de Karen, insistió Harlan protector y paternalista:

—Bueno, hay que olvidar los malos recuerdos, pequeña. Vístete, y te llevaré lejos de aquí, a sitio seguro.

Ella, desprendiéndose, se sentó. Volvía a llorar. Harlan, sentándose a su lado, dejó pasar unos minutos. Después, sin premeditación, la besó.

Sin pasión, lascivia, ni deseo. Una caricia amistosa, y ella debió oscuramente comprenderlo así, porque devolvió el beso.

Una muchacha deseosa de protección, decidió Harlan. Pasaron largos minutos, en un silencio henchido de significado.

Por fin, dijo Harlan:

—Tenemos que irnos, Karen.

—Sí. Tengo que ir por la ropa. Vine aquí sólo con el bañador.

Caminaron cogidos de la mano, y susurró ella:

—Eso debe ser el flechazo. No pensé que esto pasara sino en las novelas.

—Pasa también en la vida —dictaminó Harlan, sinceramente.

Con Karen no sucedía como con la doctora Melton, ni con la ávida Telma. Mujeres dominantes. Karen era la mujercita soñada. Bonita, deseosa de un hogar tranquilo, protección...

Llegaban al establo, y seguían con las manos entrelazadas. Fueron subiendo las escaleras.

Llegando a la puerta de su habitación, ella se reclinó contra Harlan, musitando:

—Bésame.

Harlan obedeció entusiasmado. Apenas se prolongaba el beso, ella se apartó bruscamente, entrando en la habitación.

Harlan la siguió, totalmente hechizado.

Karen Morgan saltó a un lado, tras cerrar la puerta, apenas él entró. Harlan farfulló, sorprendido:

—¿Qué diablos pasa ahora, nena? ¿Por qué...?

Se interrumpió. Mirando hacia la ventana. Junto a ella, sentado en una mecedora, bien delineados los rasgos por la luz lunar había un amigo del legítimo Luke.

Chester Curtis, el intermediario del hampa.

Encañonando a Harlan con una automática.

No cabían preguntas. Harlan actuó por reflejo, levantando las manos.

Chester Curtis aspiró el cigarrillo, y el punto rojo pareció

enorme. Karen se dirigió a su cama, sentándose en ella. Curtis rió.

Harlan, mirando a Karen, sintió una repentina oleada de odio. Por unos instantes había creído en el amor.

—¿Tiene algún arma encima, Karen? —preguntó Curtis.

—No.

Levantándose, inquirió Curtis:

—¿Dónde está Luke?

—¿Quién?

Curtis hizo oscilar la automática:

—No quiero preguntas, Harlan, sino respuestas. ¿Qué le ha sucedido a Luke *Dandy*?

—Vete al infierno, imbécil.

—Después de ti.

En la cama, Karen se puso boca abajo, reclinando el mentón en las manos y los codos en el edredón.

Dijo con entonación sincera:

—Lo siento, Max, de veras que lo siento.

—Tú... puedes irte... al mismísimo infierno... —se atragantó Harlan. Apartando la vista prefirió concentrarse en la automática de Curtis—. Saqué la impresión de que en la cárcel estábamos de acuerdo, Chester.

—Y lo conseguiste. Allí te tomó por Luke. Sólo que Karen conocía bien a Luke, y vio que no eras tú. Es lista ella.

—No tan lista, puesto que te ha llamado a ti.

El culatazo lo amortiguó Harlan ladeando la cabeza. Pero le dolió la mandíbula y le dolió más aún que tras el golpe, Curtis retrocediera con elástica prudencia.

Desde la cama, alardeó Karen:

—Te enredé, Max. Nunca encontré a Luke en Miami.

Harlan siguió contemplando la automática de Curtis, pero pensaba y deducía. En aquel cuarto había un teléfono supletorio. Un maldito trasto negro en comunicación con el resto de la casa.

Cuando llamó al teniente Givern, Karen se había limitado a alzar el supletorio, escuchó la conversación y el resto había sido sencillo.

—Me parece, Chester, que andar con pistolas no era tu especialidad.

—No, pero por medio millón soy capaz de viajar en un tanque.

Pensó Harlan que había otro equipo en el campo de juego.

Aparte Luke y Telma, estaban ahora Karen y Curtis, lampando por el medio millón.

—¿Tú y Karen juntos en el negocio? Me parece que a Morgan no le hará gracia. No contéis con su bendición paternal.

—Morgan ni se enterará.

—Seguro que no. Prometo guardar el secreto —masculló Harlan. De pronto el cuarto se oscureció, y Curtis chilló:

—¡Quieto, Harlan! O te taladro...

Karen estaba junto a la ventana, y volvió a haber luz. Explicó ella:

—Un corto apagón. Va a llover. Nubes negras, enormes...

El viento empezó a silbar.

—Corre las cortinas, y enciende una luz, Karen —pidió Curtis.

Obedeció la hija de Morgan, volviendo a la cama, en cuyo borde sentóse.

—Y ahora, ¿qué pensáis hacer conmigo, parejita? —preguntó Harlan—. Si me matáis, Morgan se pondrá furioso.

—Nada de muertes —aseguró Karen—. Vas a vivir, Max, mucho tiempo porque tú estarás con nosotros. No somos una pareja, sino un cuarteto.

—Un cuarteto me enseñaron que eran cuatro. Aquí sólo veo a Chester, a ti, y me oigo. Pero si salgo de aquí ya podéis echarme galgos.

—No te irás, ni nos traicionarás, Max —rió Curtis—. Karen, enséñale a este detective de pacotilla la sorpresa.

Karen abrió la puerta del contiguo cuarto de baño.

Y Harlan pestañeó asombradísimo. Como sorpresa, batía el récord.

Cora Melton, la doctora forense, tenía los brazos hacia atrás, unidos con esparadrapo, al igual que sus tobillos, y otra ancha banda de cinta adhesiva le sellaba los labios.

Despeinada, el miedo dilataba sus anchos ojos.

—¿Qué me dices, Harlan? —graznó Curtis—. ¿Somos o no un cuarteto?

Harlan avanzó un paso. Alzó Curtis medio metro la automática. Harlan avanzó otro paso. La automática le apuntó el pecho, y el índice de Curtis se dobló...

Se detuvo Harlan, respirando con dificultad. Dijo por fin:

—Tú ganas, Chester.

—Estaba claro, hombre. Ella me sirve de garantía de que trabajarás limpiamente. Me informé que estáis los dos muy enamorados. Pude engatusarla y la traje aquí sin ser visto.

—Eres listísimo. ¿Qué he de hacer?

Fuera empezaron a repicar anchos goterones. A lo lejos retumbó el trueno.

—Volverás a la casa, como si nada hubiera pasado. Mañana por la mañana te las arreglas para sacar a toda la tribu de la casa. Necesito un par de horas de estar solo por la granja.

—¿Para qué?

—Para recoger manzanas —rió Curtis.

El medio millón. Sabía ya que estaba en algún tronco de árbol, cubierto el escondite con cemento.

—¿Y qué pasará con la doctora?

—La dejaremos libre. No queremos complicaciones. Pero la dejaremos libre cuando tú te lleves a la tribu fuera de la granja.

—Déjame hablar con ella.

Se apartó Curtis, y Harlan entró, en el cuarto de baño. Se inclinó sobre la sentada rehén.

—No te inquietes, Cora. Ellos no pretenden hacerte el menor daño. Sólo les interesa el medio millón.

Cora Melton, agrandados los ojos por el temor, asintió en cabezada inevitablemente silenciosa. Karen se aproximó.

—Muy emocionante, Max, pero ahora tienes que irte a la casa.

Harlan acarició los cabellos de Cora y, pasando a la habitación, advirtió al acercarse a la puerta de salida:

—Cuidado con hacerle el menor daño, pareja. Yo cumpliré mi parte, pero vosotros haced lo convenido. No habría hoyo donde esconderos, si le pasase algo a la doctora Melton.

Salió completamente agotado. Una decepción con Karen... Era preferible pensar en otras cosas. Aunque todas eran como el cielo de aquella noche. Lleno de negras nubes.

Llegando a su cuarto, encendió la luz, y vio a Telma sentada en la única silla de la habitación, con las manos entrelazadas tras la nuca.

Forzaba ella una sonrisa angelical.

—¿Qué haces aquí, chica?

Le era difícil controlar la sensación de repugnancia que le suscitaba el recuerdo del cuchillo envainándose repetidamente en Arthur Oscar.

—¿Dónde has estado, Luke?

—Paseando. No podía dormir.

—Llevo una hora aquí esperando.

—Parece como si quisieras que Morgan irrumpa aquí dando alaridos.

—Tampoco él podía dormir, y se tomó unas píldoras. Escucha, Luke... Morgan piensa traicionarte.

Harlan no pudo reprimir la carcajada.

—¿Sí? No me digas... ¿Y cómo?

—Fuiste idiota al mencionar que podías pasar el dinero. Morgan empieza a temerte, y se propone plantarte.

—¿Cómo?

—Mañana por la mañana atracarán el Agrícola. Se irán antes que te despiertes. Quiere hacerlo sin que tomes parte.

Volvió a reír Harlan. En otras circunstancias, la traición de Morgan le habría parecido una ganga. Pero ahora, con la doctora Melton en poder de Curtis y Karen, se veía obligado a tomar parte en el viaje.

No había posibilidad de avisar al teniente Givern, porque el teléfono estaba intervenido, ni tampoco salir, porque estaba cogido entre dos fuegos.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso, Luke?

—Puedes ir a decirle a Morgan que nadie le toma la melena a Luke *Dandy*.

—Ya te dije que Judson tomó píldoras para dormir.

—Bien. De todos modos, cuando se despierte, yo también estaré con los ojos abiertos.

—Se pondrá furioso... O despistará. Depende. He estado pensando en los Reisman.

—¿Qué pasa con ellos?

—No será preciso matarles.

—Vaya... Estás misericordiosa esta noche.

—Apenas haya muerto Morgan, saldan huyendo. Serán como dos lebreles perdidos sin su amo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—No.

—Apenas matem os a Morgan, les diremos que Judson escapó con los dólares Bazooka.

—Ya.

Levantándose, se enlazó ella a Harlan:

—¿Luke?

—¿Sí?

—Morgan y yo hemos matado esta noche a Oscar.

—Caray... ¿Y por qué?

—Teníamos que hacerlo. Se estaba poniendo muy tonto con el dinero, ¿sabes?

—No sé nada. Ni del dinero, ni de nada.

—Pero Oscar empezó a cortar ramas, en realidad creyéndose que el dinero estaba dentro de algún tronco hueco.

—¿Y no está?

Ella no contestó. Hizo más adherente su abrazo. Harlan la apartó con rudeza.

—Tengo sueño. ¿A qué hora se despierta Morgan?

—Seis y treinta. Ha puesto el despertador.

—Y yo pongo el mío —dijo Harlan, señalando su reloj pulsera.

Un «*Cricket Vulcain*» con fuerte campanilleo.

Intentó ella envolverle como una carnosa liana devoradora.

Harlan la empujó en brutal manotazo contra el busto.

—Mañana será otro día. Fuera, Telma. Lárgate...

Salió ella apresuradamente. A veces, Luke *Dandy* era algo bestia.

CAPÍTULO XI

A las seis treinta, el despertador de Judson Morgan, repiqueteó. Hacía ya media hora que Max Harlan estaba despierto y vestido.

Colgando de su hombro bajo la chaqueta, su automática que sacó del bolsín cerrado a llave de la maleta. Bajó las escaleras y fue a sentarse en el vestíbulo.

Los cuatro bajaron sobre la punta de los pies para evitar los crujidos de la madera.

Y llegando al vestíbulo, salvo Telma, permanecieron dilatados los ojos, inmóviles.

Harlan rió con asco. Morgan movió los hombros y dijo:

—Te has despertado muy pronto, Luke.

—Es que me despepitan los hermosos días lluviosos. Porque son los días ideales para limpiar un Banco por dentro y por fuera. La lluvia tiene a la gente con la cabeza gacha, y borra las huellas.

Morgan se dirigió a la cocina. Berto Reisman rió como un imbécil contándose un chiste. Carl le dio un codazo.

Harlan entró en la cocina. Morgan bebía al gollete de un botellín de leche. Parecía muy preocupado.

—¿Siguen dándote qué pensar los rurales, Morgan?

—Sí. Y si están por el Banco, dejaremos el asunto.

—Pero sigue en pie el otro.

—¿Cuál?

—Mi oferta del sesenta por cien.

—Primero el Banco. Tal como lo planeamos.

Reclinado contra el quicio, preguntó Harlan en tono indiferente:

—¿Dónde está el viejo Oscar?

—Se marchó a visitar a su hermana.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—Elió un tiempo agitado, ¿no?

Recogiendo de un estante unas placas de matrícula, indicó Morgan:

—Vamos a colocarlas donde corresponden.

—Para esto te basta y sobra con los hermanitos.

Mientras los tres forajidos estaban en el garaje corrió Harlan al establo, subiendo las escaleras y llamando a la puerta tras la que, además de Karen, estaba prisionera Cora Melton, rondando Chester Curtis.

Apareció Karen, soñolienta, con una mano oculta tras la espalda.

Dijo Harlan secamente:

—Nos vamos a Runhill. Tu papá ha decidido que sea hoy un día de faena a fondo.

Se fue sin esperar respuesta.

Antes de media hora ya estarían ella y Curtis removiendo el cemento de los frutales.

En el garaje, Judson Morgan volvía a ser falsamente cordial:

—Bueno, Luke, ya estamos preparados.

Telma conducía, y Morgan se sentaba a su lado. Harlan atrás, entre los hermanos Reisman. Éstos y Morgan se estaban probando la máscara recortada en tejido de sábanas.

La enrollaron bajo el ala delantera del sombrero impermeable.

Llegaba el «Chevrolet» al puente de la carretera general, cuando Morgan exclamó:

—¡Para, chica!

Harlan deslizó su diestra bajo el sobaco, empuñando la culata. ¿Iba a terminar allí el paseo para él?

Morgan no le miraba a él. En el bosque, parcialmente escondido, había un «Ford» azul. Harlan estaba seguro que pertenecía a Curtis. Llegado de noche, no logró esconder su coche del todo.

En voz alta se preguntó Morgan:

—¿Qué corcho hará ese coche ahí abandonado?

—Algún loco pescando en el río —aclaró Berto Reisman.

—¿Con este tiempo?

—Los tíos que pescan suelen ser unos maniáticos —sentenció doctoralmente Carl Reisman.

—No me gusta que anden rondando la granja.

—El río es libre —opinó Telma, volviendo a poner en marcha.

Seguía lloviendo y el asfalto emitía chasquidos bajo las ruedas.

Morgan empezó a poner las cosas en su punto.

El Banco Agrícola había sido edificado veinte años antes y la administración no era gente ultramoderna, sino anticuada y roñosa. Por lo tanto, su sistema de alarma estaría empotrado en la pared.

—Si fallas en quitar la alarma, Luke, entraremos de todos modos.

Sus ojos ya no eran normales. Todos ellos parecían tener en las córneas las dos barras surcando verticalmente la \$ del dólar.

—Tan pronto hagas tu trabajo, Luke, te ocuparás del agente de tránsito. Yo, con ellos —y por encima del hombro, apuntó Morgan a los hermanos Reisman—, entraré en el Banco apenas salgas tú. Telma, aparcará a media manzana. No hay problemas.

«Teóricamente, ninguno», pensó Harlan.

—Conduce poco a poco, Telma. Hemos de llegar a las ocho.

A las ocho, la ciudad de Runhill estaba empapada de lluvia. El «Chevrolet» pasó ante el Banco, a poca marcha. Estaba cerrada su puerta. Faltaba media hora para la apertura al público.

El policía de circulación, encapuchado por su impermeable negro, parecía de mal humor por el tiempo. Los pocos transeúntes se apresuraban.

El «Chevrolet» recorrió la ciudad a poca marcha. Morgan comentó complacido:

—Un tiempo ideal, y ni rastro de rurales. Bueno, Luke, a ver cómo te portas. De ti depende que no tengamos que escabechar a mucha gente.

Bajó Harlan dos manzanas más allá del Banco.

Morgan y los Reisman también se apearon para ir a ocupar sus sitios. Uno en la puerta de un edificio de muchos pisos superpoblados, y los hermanos paseando rápidamente, como si caminaran dirigiéndose a su trabajo.

Harlan llegó a la puerta del Banco. A través del cristal enrejado, se veía a una mujer de unos cuarenta años, tecleando en una máquina.

Otros dos empleados estaban en sus jaulas, preparándose para el trabajo diario.

La mecanógrafa vio a Harlan y señaló hacia la otra puerta. Sonrió Harlan, obedeciendo la indicación. Había un letrero:

«Toque el timbre»

Harlan tocó el timbre.

Una muchacha de unos veintidós años, se aproximó a la puerta encristalada, de vidrio blindado. Abrió el espacio equivalente a una ventanilla. Habló con eficiente seriedad:

—Buenos días, señor. ¿Me permite su identidad bancaria?

Harlan sacó la cartera de Luke *Dandy*, buscando en los compartimientos. Había muchas tarjetas. Dijo, excusándose:

—Soy un cuenta correntista nuevo, y todavía no estoy acostumbrado a la rutina.

Eligió una tarjeta, que se le cayó de las manos al interior. Ella abrió la puerta, y se disponía a cerrarla, cuando permaneció horripilada, trémulos los labios.

Harlan, mostrando la automática, conminaba con salvaje expresión:

—¡Nada de ruidos, ricura! ¡Callandito!

Ella estaba tan petrificada que parecía incapaz de respirar.

—Vamos. ¿Dónde está la caja de alarma? Vamos.

Temblando se puso ella en movimiento. Un largo corredor, un viraje a la derecha, y junto a la caja contra incendios, la de alarma. Del tipo anticuado.

—¿Las llaves?

Negó ella con energía, pero su voz fue un balbuceo:

—Las tiene el guardián.

Introdujo Harlan el cañón de la automática en el hueco del asidero. Forzando, logró que una esquina de la caja rechinase.

Sudaba como si acabase de levantar un centenar de kilos cien veces sin descansar. En cambio, la empleada temblaba de frío debido al pánico.

La caja abierta mostró sus fusibles y conexiones. Había también la tarjeta con el código. Era un buen día para los ladrones.

Quitó el fusible correspondiente y fue bajando palancas.

Sonó el, timbre de la puerta, y la empleada, por rutina, se dispuso a acudir maquinalmente.

—Quieta, muchacha. Lo siento pero hay que asegurarse.

Morgan le había suministrado un rollo de esparadrapo como elemento complementario de trabajo.

En pocos instantes, la empleada quedó amordazada y sujeta al saliente de la manguera contra incendios.

Acercándose a la puerta, Harlan se secó las sudorosas manos en el pantalón. Tras la puerta entreabierta, vio a una mujer gruesa, de mirada irritada.

Harlan sonrió como un anuncio dentífrico.

—Lamento haberla hecho esperar. Buenos días, señora. ¿Me permite su identidad bancaria?

Ella la tendió. Harlan se limitó a leer el apellido.

—Ah, sí, la señora Parkington. Tenga la bondad de entrar.

No podía intentar impresionarla como a la empleada. Aquella mujer obesa emitiría chillidos muy agudos. La condujo a la salita del corredor, en cuya puerta decía:

«Sala de espera»

—¿Quiere sentarse, señora Parkington? Cuestión de un minuto.

—Es que... tengo prisa, joven. Por eso vengo a hora temprana.

—Tengo buenas noticias para usted, señora Parkington. Un contable cometió un pequeño error, al repasar su cuenta. Y tiene usted anotada una cantidad a su favor. Un minuto, y estoy con usted.

—Bien, bien, perfecto —aprobo ella, complacidísima.

Harlan corrió al exterior.

Los Reisman ya entraban. La puerta principal estaba abierta. También entraba Morgan. Apenas Harlan le hizo una señal afirmativa.

Inmediatamente, Morgan alzó la mano hacia la visera de su sombrero. El guardia de la circulación seguía bajo su parasol, que en este caso, le protegía de la lluvia.

Harlan avanzó hacia él.

—Vaya día, ¿eh? —comentó al llegar a su lado.

Sabía que los Reisman estaban acechándole en el cumplimiento de su obligación.

El policía replicó malhumorado:

—Un día de perros.

Harlan le colocó la automática en el costado cogiendo simultáneamente la policial.

—No se mueva, amigo, o desde el Banco le freirán a tiros.

El policía al contener la respiración pareció tragarse los labios.

—Están atracando el Banco. Tengo que fingir que le tengo

copado. Cuando termine de hablar, finja que quiere atraparme. Saldré corriendo, y entonces échese al suelo y repté hasta un teléfono. Póngase en comunicación con el teniente Barry Givern. Teniente Givern, comisaría octava de Brooklyn. Dígale que la doctora Melton... doctora Melton... está de rehén en la granja de Oscar. Vaya repitiéndolo mentalmente.

En el Banco una mujer lanzó un agudo chillido.

El policía reaccionó con un guiño que quería ser de complicidad, pero que era de total asombro.

Amagó el gesto de agarrar. Esquivó Harlan, empujando al policía que se dejó caer cuan largo era.

Y entonces ululó la sirena de un coche patrulla.

Acudía a toda velocidad virando cinco manzanas más allá.

Con las portezuelas entreabiertas y un sexteto de policías preparados a saltar para la batalla.

El guardia de la circulación echó a correr hacia un bar.

Harlan fue hacia el «Chevrolet» que avanzaba con ventaja sobre el coche patrullero.

Saltó Harlan junto al volante, conminando:

—¡Pita y a fondo!

Estalló la tormenta ante el Banco.

Berto Reisman fue el primero en salir, escupiendo fuego por su Colts. Llevaba en la zurda una cesta de mimbre. La máscara le había caído ante el cuello.

Parecían avispas los toques que en su cuerpo hincaban los balazos de los patrulleros.

Berto Reisman tropezó, y arrodillándose, apoyó la cara contra el húmedo asfalto.

Algunos billetes salieron revoloteando de la cesta de mimbre.

Telma conducía, acelerando. Se volvió Harlan. Para ver a Carl Reisman saliendo del Banco. Con las manos en alto.

Y sorprendió a la policía sitiadora por un instante.

Echó a correr para atravesar el cordón policial.

Lo balearon cuando intentó sacar su arma.

Cayó de bruces, tendidos los brazos. Y permaneció del todo inmóvil.

Ya no pudo ver más Harlan, porque el «Chevrolet» tomaba el viraje, embalandó a fondo.

CAPÍTULO XII

Los estampidos se reanudaron. Debía tratarse de Judson Morgan, intentando tener mejor suerte que los Reisman.

—¿Qué habrá pasado? —murmuró Telma.

—De momento, lo que importa es que conduzcas al máximo.

Nadie les seguía.

—Ha fallado el golpe, Luke. Los mataron a los tres. Ahora, sólo estamos tú y yo. Solos...

Pensaba Harlan que si bien el teniente Givern había alertado a los rurales, éstos habían acudido con tanta oportunidad, que sólo podía deberse a una delación.

Curtis y Karen.

—¿Es ésta la carretera para la retirada, Luke?

—Sí.

—En la próxima encrucijada, paro, y podrás cambiar la placa.

Al llegar al cruce, Harlan cambió la matrícula, y apartó a Telma del volante. Quería conducir él. Aplacaba más los nervios.

La lluvia seguía arremolinándose. Pisaba tan a fondo el acelerador en la recta como en los virajes.

Se quejó ella:

—Vamos a matarnos, Luke. ¿Por qué tan aprisa?

—Porque has de pensar en el «Ford» azul que estaba cerca de la granja. Es seguramente el coche del que delató.

—¿Y... si fuese Karen...?

—Tal vez.

—Por medio millón ella es capaz de esto y mucho más.

Guardaron silencio hasta divisar la granja, tras cortinas de lluvia.

De pronto dijo ella:

—Allí está el «Ford».

Y mientras hablaba extrajo del bolso un pequeño revólver,

propio para delicadas femineidades mortíferas.

Alguien conducía el «Ford». Pero la lluvia impedía ver quién era. Lo hacía expertamente.

El «Ford» frenó súbitamente, y también Harlan bloqueó. El «Chevrolet» fue derrapando con estruendoso quejido, dando de cola con los árboles.

Saltó Harlan hacia arriba, chocando su cabeza con el techo.

Y la lluvia pasó a ser un blando cortinaje negrísimo, sumiéndole en total inconsciencia.

No supo si fueron segundos o minutos, pero sí que le dolía la cabeza, y que olía mucho a gasolina.

Arrastrándose, empujó maderas y metal, hasta que logró salir.

Vio a varios pasos, a Telma tendida en el césped.

Instintivamente la cogió por debajo de las axilas, arrastrándola lejos del coche que estaba incendiándose.

A unos diez metros la soltó, y ella, pestañeando, consiguió arrodillarse.

Tambaleándose, Harlan llegó al sendero.

Allí estaba el «Ford» con una portezuela abierta. Cristales rotos, y su guardabarros izquierdo abollado.

Detenido ante el establo.

Corrió Harlan hacia la granja, pensando que de un momento a otro algún balazo le impediría seguir corriendo. Pero llegó al vestíbulo sin daño.

Tenía las manos arañadas, el brazo derecho sangrando al igual que la pierna izquierda.

Corrió al teléfono, pero el temporal debía haber derribado algún poste. No daba señales de comunicación.

Y entonces vio a Chester Curtis.

Le veía a través de una ventana. Muy agitado, casi frenético, yendo de árbol en árbol.

Estaba trabajando a un ritmo febril y sincopado, como un agricultor repentinamente enloquecido.

Varios árboles mostraban sus huecos desprovistos del cemento.

Al aproximarse Harlan, giró Curtis la cabeza. Saltando de la escalera empezó a correr, presa de pánico.

Harlan alargó la zancada y adelantaba una mano ensangrentada, cuando Curtis, gritando, se revolvió, bajando la paleta con la que

había estado removiendo el cemento.

El paletazo iba destinado a su cabeza, pero lo recibió en el hombro, con la suficiente fuerza para que cayera de rodillas.

Mareado, incapaz de defenderse contra el segundo golpe que podía ser mortal.

Y entonces una voz le llamó:

—¡Max!

Era Cora Melton, la excelsa doctora Melton.

Estaba abrazándole, empapada en lluvia.

—Max, ¿qué te ocurrió?

—Tropecé con Curtis y su paleta.

—¡Conseguí librarme, Max! ¿Me oyes bien?

—Oigo, y tengo que repetirte de nuevo que eres algo fantástico, doctora mía. ¿Qué pasó con Karen?

—Está ella ahora donde estaba yo antes. Bien atada. Ha sido una noche calurosa y húmeda, Max.

—Ya... Pero ¿a qué viene ahora el boletín meteorológico?

—El calor y la humedad ablandaron el esparadrapo, y hace poco conseguí soltarme. No sabía qué hacer, cuando os vi a vosotros dos. A ti y a Curtis.

—¿Dónde cangrejos está Curtis?

Empezaba Harlan a recuperar la totalidad de sus sentidos.

—Corrió hacia el río.

—Voy a buscarle.

—¿Podrás?

—¿Por qué no?

—Es que aún estás algo mareado, Max.

—Pero ahora lo que me marea es tenerte tan bien abrazada, doctora mía. Desgraciadamente, he de ocuparme de Curtis.

—Él tiene una pistola.

—La habría usado si la llevase encima.

La cabeza de Harlan le daba la impresión de ser una especie de casco ligero de corcho.

Y su cuerpo se le antojaba compuesto por cilindros de algodón compacto.

Ella le asía por un codo, y así llegaron a la ribera del río.

La lluvia incesante lo había convertido en un pequeño Niágara alborotado.

El agua hervía, convertida en remolinos de color pardusco.
Pasaron junto a las dos lápidas:

Mary Oscar
Alfred Oscar

El otro Oscar se había quedado sin lápida por el momento.
No había huellas de Chester Curtis.

—Ha imitado a la liebre zorruna, el muy bribón. Corrió hacia aquí, pero en finta, y está agazapado en cualquier otro sitio.

Se refugiaron bajo la copiosa enramada de un árbol.

Ella le enlazaba con decisión, casi con imperio.

De nuevo era la doctora Melton, la fuerte, la dominante.

Sus manos empezaron, a palpar diestramente.

Rezongó Harlan:

—Me encuentro flojo, muy flojo.

—Se te pasará, Max.

—Es como si hubiera estado corriendo, trabajando, sudando y peleando durante cuarenta y ocho horas seguidas. ¡Ey, que me haces cosquillas!

—Quieto, hombre.

—Bueno, en realidad es muy cierto que llevo cuarenta y ocho horas de verdadero jaleo.

Las manos de Cora Melton eran eficientes, como técnica especializada en anatomía.

Iba explorando las heridas de Harlan.

—¿Qué ocurrió, Max?

Hizo Harlan un resumen de los recientes acontecimientos.

—Entonces, el único peligro que queda son Telma y Curtis.

—Y tal vez Karen, si Curtis la ha liberado. Hay que ir con cuidado porque Telma tiene un revólver.

—También Curtis. Por lo menos estoy segura que lo tenía esta mañana cuando salió para registrar los troncos.

—¿A qué hora empezó Curtis la búsqueda?

—Inmediatamente después que tú con Morgan y los otros os fuisteis con el «Chevrolet».

—¿Y Karen estaba contigo?

—Hasta hace poco, en que conseguí escapar.

—Bien... Vas a quedarte aquí, donde estarás segura. Espera

media hora, y entonces vuelve a la granja, pero trata de que nadie te vea, hasta que me encuentres. ¿Comprendido?

—Sí, pero...

—Haz lo que te digo. Tengo que resolver este lío, y no quiero que salgas perjudicada.

—Puedo ayudarte.

—No.

—Muy bien, como quieras —sonrió ella, besándole.

Alejáandose, no pensaba ya Harlan en Cora ni en el beso sabroso.

Una interrogante ocupaba su mente:

Si Karen había estado todo el tiempo con Cora mientras Curtis se hallaba encaramado en la escalera, golpeando cemento, ¿quién, entonces, había avisado a la policía y conducía el «Ford» azul?

Llegando tras el establo, vio a Telma caminando por el sendero, en dirección a la casa principal, en cuyo porche entraba poco después.

Se deslizó Harlan dentro del establo, subiendo las escaleras. La puerta estaba abierta. Y allí estaba Karen, atada y amordazada.

Se revolvió, y la expresión de sus ojos manifestaba que quería hablar. Pero no podía.

Harlan dijo levemente rencoroso:

—Hola, Karen. Lo que es la vida... Arriba, abajo... Unos atados, luego libres...

La puerta de un coche restalló ruidosamente. Corrió Harlan hacia la ventana.

Un «Cadillac» negro, enorme, quedaba aparcado cerca de la casa.

Volviéndose hacia Karen, preguntó:

—¿Esperaba Curtis auxiliares?

Sacudió ella la cabeza en negativa, llorando. Le costaba respirar. Su rostro enrojecía.

Podía ser comedia, pero Harlan le quitó la mordaza. Ella aspiró aire, y dijo precipitadamente:

—Has de creerme, Max. Tuve que hacerte lo que te hice, porque no quería que Curtis matase... Y él decía que iba a matar a Cora Melton... a menos que yo te trajese aquí. Él había traído anoche a Cora.

—Seguro, seguro... Apuesto a que también amenazó con

matarme.

—¡Sí! ¡Sí!

Volvió ella a llorar.

—¿Y en la piscina? ¿También mentías?

—Dije que era el flechazo, porque... lo es, Max.

—Vaya manera que tuviste de demostrarlo apenas entré aquí.

—Porque Curtis dijo...

—Abreviemos. Curtis tiene una pistola. ¿Dónde está?

Ella, encogiendo los hombros, sacudid la cabeza en negativa, mascullando:

—No lo sé...

Empezó Harlan a registrar. Apartando cojines, alfombras, cuadros... No encontró arma alguna.

La suya la había perdido dentro del «Chevrolet» incendiado.

Salió corriendo de la habitación. No había nadie en el «Cadillac» y se dirigió a la casa.

En el porche, Telma empleaba su pequeño, pero mortífero revólver, para hacerle señas invitantes.

Se aproximó Harlan receloso.

Y dijo ella con nerviosismo:

—¡Está aquí!

—¿Quién?

—Morgan. No sé cómo pudo... ¡Está aquí!

Señalaba con el revólver hacia el cuarto de estar.

—¿Herido?

—Sí.

—¿Grave?

—Creo que sí. ¿Dónde está Karen? ¿Tiene ella el dinero?

—No, ni tampoco está escondido en los frutales.

—¿Qué vamos a hacer, Luke?

—Interrogaremos a Morgan.

—Está grave. Arriba hay un botiquín...

—Tráelo.

Entró Harlan en el *living*. En el sofá se hallaba Morgan.

Parecía muerto. Ojos cerrados, desmadejado su fornido corpachón. Las manos en torno a su cráneo.

Había recibido un balazo en el pecho.

Toda la camisa estaba empapada en sangre. Súbitamente gruñó,

removiéndose.

Harlan acercó una silla al sofá y sentándose, dijo:

—Mala suerte, Judson.

Ladeó Morgan la cara, apartando las manos de su cabeza. Sus ojos trataron de concentrarse, y por fin reconoció a Harlan.

Forzó una sonrisa.

—Hola, Luke. Pude escapar...

Harlan examinó la herida. Una bala había penetrado en su costado izquierdo, deteniéndose en el derecha donde había una inflamación negruzca.

Iba a morir. Era cuestión de minutos.

Ya no era el forajido sin moral ni escrúpulos, sino un agonizante. Ningún médico podía acudir a tiempo.

No era hora de remover el puñal en la herida.

Mintió Harlan:

—Necesitas un cirujano, Judson.

Sacudió Morgan lentamente, con cuidado, la cabeza, negando:

—Ninguna falta... Telma lo arreglará. Tiene práctica.

—Necesitas un cirujano, Judson.

—Bueno... En Albany. Condúceme a Albany... Allí conozco a un medicastro que...

Nunca llegaría a Albany con vida. Al primer traqueteo, se le iría el soplo vital que le quedaba.

Necesitaba inmediatamente una transfusión, taponar las heridas interiores, contener la hemorragia interna. Esto solamente podía hacerse en un hospital, y el más cercano distaba mucho.

Únicamente cabía esperar.

—¿Cómo pudiste escapar, Judson?

Pareció reanimarse Morgan. Intentó reír y se retorció de dolor, aplicando las manos en su costado.

—A mí no me pescan tan fácil... Primero creí que no habías logrado desconectar la alarma... Después comprendí que habíamos sido... delatados... Esta condenada chiquilla... No se resigna a tenerme por padre. Tendré que darle una azotaina apenas me curen. De todos modos no hay que reprochárselo... Ella estudió, ¿sabes...? Y conocía gente decente. No debí meterla en el colegio... Pero es mi hija de todos modos...

Quiso Harlan apartar a Morgan de aquel tema deprimente.

Insistió:

—¿Cómo lograste escapar, Judson?

—Saqué conmigo a un cajero. Le hice caminar delante. Pero los malditos polizontes dispararon dándole en una pierna. Pero pararon el fuego al ver que era el cajero. Arrastré al cajero hasta su «Cadillac» y le puse al volante... Pero ya me habían largado un mal plomo en el buche.

—¿Mataste al cajero?

—¿Para qué? Lo eché fuera del coche a unas cinco millas de Runhill. El teléfono estaba cortado por el temporal... No podía el cajero avisar a los polizontes...

Cerró los ojos, aspirando aire en ansiosas boqueadas.

Entró Telma. Llevaba su revólver dentro de la blusa. Abrió el botiquín y se inclinó sobre Morgan.

La puerta se abrió y al entrar, hizo Chester Curtis una mueca burlona. Encañonaba a Harlan.

Asombrada, mirando alternativamente a Curtis y a Harlan, inquirió agresiva Telma:

—¿Qué hace usted aquí?

—Vigilando al caballerete ése.

Volvió ella a mirar a los dos hombres alternativamente.

Preguntó intrigada:

—¿Qué quiere decir ese fulano, Luke?

Rió Curtis.

—¿Luke? ¿Quién es Luke? Ese tipo no es Luke.

Telma se llevó la mano a la blusa.

Morgan, abriendo los ojos, gritó:

—¡Pegadle un tiro al traidor ése!

Se refería a Harlan.

Y el detective emprendió una rápida carrera en zigzag.

Llegaba al pie de las escaleras, cuando el pequeño revólver lanzó su primer plomo.

La bala arrancó yeso de la pared.

Saltó Harlan los peldaños de tres y cuatro a la vez. El pequeño revólver seguía escupiendo.

Llegó al ático, y lo primero que le atrajo fue el maniquí femenino. Lo cogió, sirviéndose de él como catapulta contra los cristales de la ventana.

Se asomó viendo el canalón de desagüe, y agarrándose a la tubería, se deslizó hacia la terraza. Irrumpían en el ático, Telma y Curtis nuevos aliados circunstanciales.

Habían perdido tiempo registrando el primer piso, y la ruptura de los cristales les llamó la atención. Colgando del tubo, oyó Harlan a Telma:

—Ha escapado por la ventana. Vamos ahajo.

Pudo Harlan deslizarse bajo un alero.

Estaban ellos dos buscándole con ansiedad.

Y entonces oyó la voz de Cora Melton:

—¡Max!

Venía ella corriendo hacia la casa.

Desde donde estaba, Harlan no pudo impedir que Telma se precipitase hacia la doctora, encañonándola.

Y escoltada también por Curtis... Cora Melton entró en la casa.

CAPÍTULO XIII

Harlan tardó mucho tiempo en poder moverse, ya que corría el riesgo de ser descubierto, y el descenso quedaría truncado definitivamente, ya que bajaría muerto, estrellándose contra el suelo.

Tuvo que regresar, a fuerza de contracciones, al ático, bajar al primer piso, y avanzar en la penumbra.

El día estaba muy oscuro y había avería eléctrica. Dos linternas de petróleo alumbraban el cuarto de estar en la planta baja.

Morgan seguía en el sofá. Telma levantaba lo que parecía un látigo. Era un alambre.

Fustigaba el cuerpo de Morgan.

Curtis sostenía por los codos a Karen, que intentaba acudir en auxilio del agonizante.

La doctora Melton estaba en un rincón, inexpresivo el semblante.

Morgan tenía el torso vendado. Parecía insensible a los alambrazos.

Exigió Telma:

—Despiértelo, usted.

Cora Melton obedeció dócilmente.

La acechaban pupilas atentas. Se inclinó sobre el botiquín.

Harlan se dirigió hacia la cocina. Necesitaba un arma. Encontró primero un frasco de *whisky*. Bebió porque necesitaba un tónico.

Después encontró un cuchillo, de peso y hoja adecuados para ser empleado como un machete. Lo introdujo entre cinto y cadera.

En el *living*, Curtis encañonaba a Cora y a Karen.

Cora Melton había vuelto a su rincón, y Karen estaba en el suelo. Posiblemente, derribada de un empujón.

Inclinada sobre Morgan, apremiaba la voz de Telma:

—El dinero, Judson. ¿Dónde está? Dímelo, cariño mío. ¿Dónde

está? Anda, no seas así de remolón, hombre.

Morgan se removió, empujando a un lado a Telma, y consiguió sentarse.

—Eso es, Judson. Vamos a por el dinero, Judson. No lo digas a nadie. Yo te ayudo a caminar.

Asintió Morgan en leves cabezadas, hasta que pudo ponerse en pie ayudado por Telma.

Tambaleándose, silabeó Morgan:

—Mi dinero...

Tropezó, y cayendo de rodillas, rodó a un lado.

Gritó:

—¡Mary Os... car!

Fue lo último que dijo.

Había muerto. Desplomándose como un árbol derribado a hachazos. Retumbando paredes con su caída.

Curtis preguntó:

—¿Y quién es la tal Mary Oscar?

Triunfalmente, exclamó Telma:

—¡Está enterrada junto al río! ¡Allí escondió Judson el dinero!

Salieron corriendo Telma y Curtis. Éste empujaba a Cora Melton.

Harlan se abalanzó, pero recordó a Karen que, arrodillada, sollozaba junto al cuerpo inerte de Judson Morgan.

Consiguió abrazarla, y manteniéndola enlazada, murmuró:

—Hay que olvidar lo que es irremediable, Karen. Debemos ocuparnos de Telma y Curtis. Hay que salvar a Cora...

Pareció ella recibir un pinchazo repentino.

Y dijo lentamente:

—¿Cora?

—Sí, la doctora Melton.

—He visto cómo Curtis le entregaba su revólver. Es ella. Es Cora la que tiene el revólver de Curtis.

—Pero ¿qué... qué dices, pequeña?

Y, sin embargo, todo se presentaba clarísimo, de pronto.

Karen no había telefoneado a Chester Curtis.

¡Era Cora Melton la que había traído consigo a Chester Curtis!

Fingiéndose prisionera.

Sombríamente, dijo Harlan:

—Vamos, Karen.

—Sí, Max.

Avanzaron bajo la lluvia. Vieron a Cora Melton, ayudando a Telma y a Curtis, que estaban retirando una lápida.

Se inclinó Karen recogiendo barro.

Hizo lo mismo Harlan. Había comprendido.

Karen lanzó la pella de barro contra el rostro de Cora Melton, con ímpetu de mujer celosa.

Harlan logró embadurnar también el rostro de Telma, y se abalanzó a la vez sobre Curtis.

Asestándole furiosamente un directo escalofriante.

Que derribó a Curtis por mucho más de la cuenta.

Telma reaccionaba, avanzando. Harlan le arrancó el revólver, la empujó y al ver que Curtis se ponía en pie, le asestó un culatazo furibundo.

Otro revólver ladró.

Volviéndose, vio Harlan a Karen colgada del brazo de la doctora Melton. Evitando que pudiera tomar puntería.

Pero Cora Melton seguía apretando el gatillo, aunque los balazos se incrustaban en el lodo.

Harlan avanzó, retorciendo la muñeca de Cora, y apartando a Karen.

Era una escena de grotesca pesadilla.

—¡Chester! ¡Mátale, mátale!

Harlan tenía ya los revólveres.

Encañonó a Telma y a Cera alternativamente.

—El dinero no está aquí, Telma. Y si Curtis no, me disparó entre los frutales, fue porque su revólver lo tenía la doctora Melton, que esperaba el momento para liquidarte a ti, Telma. Luego, también a mí...

Karen estaba a su lado.

Apremió Harlan:

—Vamos, vamos, señoras, a portarse bien. Andando hacia la casa.

Chester Curtis, gruñendo, logró incorporarse. Tenía la calva manchada de placas rojas y pardas. Sangre y barro.

—¡Vamos, tú! —conminó Harlan.

Cora y Telma obedecieron, echando a andar hacia la casa. Les seguía Curtis, renqueando.

Harlan comprendía ahora dos cosas: le gustaba el contacto de la mano de Karen en su codo.

Le había repugnado siempre el contacto de las manos de Cora Melton.

Pero no eran sólo sus manos.

Era toda ella. Había escogido una profesión morbosa. Era una mujer esperando la ocasión de enriquecerse pronto, mientras en la Morgue manipulaba cadáveres, insensibilizándose.

Si todos no hubieran estado obsesionados con la tumba de Mary Oscar, habrían acertado el escondite.

—Alto, señoras mías. Mucha quietud, Chester, o te deslomo a tiros.

Ellas dos y Curtis se detuvieron bajo el porche.

A lo lejos, una sirena ululó.

Max Harlan sonrió satisfecho. El triunfo de la ley.

—Ahora escuchadme bien, trío. En el ático, bajo una ventana rota, yace un maniquí. Le servía a Mary Oscar para sus vestidos. Es el maniquí más caro del mundo. Relleno de billetes. Medio millón. Judson Morgan lo consideró el mejor de los escondites. Pensando en el maniquí, diría siempre mentalmente: «Gracias, Mary. Hasta muerta me eres útil». Y por esto al morir mencionó a Mary Oscar, no al maniquí... O no tuvo tiempo...

Necesitaba hablar y ver las caras decepcionadas, para seguir manteniéndose despierto.

Telma chilló groseras incoherencias.

Había visto repetidamente el maniquí.

Lo había visto también bajo la ventana, cuando con Curtis daban caza al falso Luke *Dandy*.

Irrumpían los coches patrulla. Sonaban frenazos chirriantes.

La voz jovial del teniente Barry Givern:

—¡Max, muchacho...!

Telma echó a correr con ligereza felina, saltando la balaustrada, contorneando la casa.

Seguía con su obsesión. Los billetes. Ahora quería coger el maniquí. Varios patrulleros corrieron también. Otros cogieron a Curtis y a Karen.

Vociferó Harlan:

—¡A Cora Melton! ¡A la doctora de la Morgue, Givern!

Y él mismo se abalanzó para impedir la fuga de su antigua admiradora que ahora se revolvía como una fiera.

Un patrullero relevó a Harlan evitándole aquel forcejeo desagradable.

Rasgó el aire un grito femenino de terror.

Telma, abrazada al maniquí, había querido bajar fugándose por la tubería del desagüe.

Le falló la mano. Caía trágicamente abrazada a un maniquí.

El maniquí reventó contra el suelo, esparciendo billetes de Banco.

Karen Morgan se abrazaba a Harlan, convulsivamente.

Un patrullero, acercándose a la mujer y al maniquí, dijo:

—Es Telma Seymour, la chica de Morgan.

Barry Givern inquirió:

—¿Grave...?

—Muerta, señor. Roto el cráneo.

Enlazando por la cintura a Karen, la condujo Harlan hacia uno de los coches.

Harlan se sentó esquinado, reteniendo por la diestra a Karen sentada junto a él.

Un patrullero saltó al volante.

Givern, inclinándose desde fuera, miró fijamente a Max Harlan.

—Max, muchacho, has trabajado la mar de bien.

El policía, al volante, preguntó:

—¿Adónde los llevo, señor?

—A la clínica para que lo asean. Después, él la llevará ante el juez. Pero al juez de paz, de los que casan, ¿no, Max, muchacho?

Cerrados los ojos, Max Harlan rió:

—¡Dio de lleno en diana, teniente!

El coche arrancó, alejándose de la granja y su mortífero maniquí.

Karen Morgan reclinó su cabeza contra el hombro del herido.

Y Max Harlan, como si ya estuviera anestesiado, balbució:

—Por fin solos, cariño.

El patrullero al volante silbó entre dientes la Marcha Nupcial.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCIÓN»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

